

EL MAYOR DIAMANTE DEL UNIVERSO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



EL MAYOR DIAMANTE DEL UNIVERSO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO



501— Las brujas de Atox, Joseph Berna

502— Larga muerte en vida, Glenn Parrish

503— El poder estelar, A. Thorkent

504— Misión 1/1000, Clark Carrados

505— Robo en el planeta salvaje, Ralph Barby

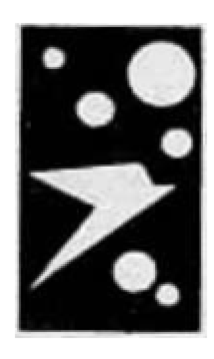
JOSEPH BERNA

EL MAYOR DIAMANTE DEL UNIVERSO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 506

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 4.945 -1980

Impreso en España - PrintedinSpain

1.ª edición: ABRIL, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1980

CAPITULO PRIMERO

Saturno.

Uno de los cuerpos celestes más bellos que se pueden observar con un telescopio, gracias a los famosos anillos que circundan el planeta.

Un planeta realmente gigantesco, sólo superado por Júpiter, el coloso del Sistema Solar.

El volumen de Saturno es 740 veces mayor que el de la Tierra, y el hermoso planeta gira alrededor del Sol a una distancia media de 1.418 millones de kilómetros, por lo que su temperatura es muy baja, del orden de 180 °C.

De los diez satélites que giran en torno a Saturno, Titán, con sus casi 5.000 km de diámetro, es el mayor.

De allí precisamente, de Titán, acababa de llegar Stig Makela, con su pequeña pero velocísima nave, en la que podían viajar

cómodamente hasta seis personas.

Stig contaba veintinueve años de edad, y era un tipo de elevada estatura y fuerte complexión, pelo negro, abundante y ensortijado, ojos castaños, nariz ligeramente aguileña, mentón firme.

Del astropuerto, Stig Makela se dirigió directamente al hotel Juno, el único que había en aquella colonia terrestre de Saturno, a la que se le había puesto el nombre de Meta-V.

Meta-V, como el resto de las colonias, se levantaba bajouna serie de enormes cúpulas, de sólido material transparente, que la protegía del intenso frío y de la pestilente composición de la atmósfera de Saturno [1].

Se había llegado ya el año 2100, y en todos los planetas del Sistema Solar había colonias terrestres, así como en algunos de sus satélites.

Era el caso de Titán.

Stig Makela había sido contratado para llevar allí a cinco personas con sus respectivos equipajes, y no había regresado de vacío, sino con el compartimento de carga a tope de mercancía, de la cual había hecho entrega a su destinatario en el propio astropuerto.

A eso se dedicaba Stig, a llevar personas y mercancías de un lado para otro, en su nave, que aún no era totalmente de su propiedad, pues la estaba amortizando poco a poco, en plazos mensuales.

Pero, de seguir las cosas así, muy pronto sería suya, porque trabajo no le faltaba, y Stig no rechazaba jamás ninguna oferta, por muy cansado que se encontrara.

Aquella noche lo estaba.

Por eso, apenas terminar de cenar, Stig Makela abandonó el comedor del hotel y subió a su habitación.

La 816.

Amplia.

Moderna.

Cómoda...

En opinión de Stig, lo mejor era la cama.

Y no porque se encontrase cansado y tuviese sueño.

Aquella cama también era ideal para disfrutar con una mujer.

De hecho, Stig había disfrutado numerosas veces.

Con Svetla, una de las camareras del hotel Juno.

Era de origen búlgaro, y tenía un cuerpo realmente excitante, que se ponía enteramente a su disposición siempre que él lo requería.

No sería aquella noche, desde luego.

Stig se hallaba rendido, y sólo deseaba dormir; cuantas más horas, mejor.

Se desabrochó el cinto, ancho y dorado, se quitó las botas, cortas y plateadas, extraordinariamente flexibles, y se despojó del ligero traje, azul oscuro, de una sola pieza, conservando sólo el slip.

Sin perder tiempo poniéndose el pijama, se echó sobre la cama y alargó el brazo, para apagar la luz.

No llegó a hacerlo, porque en aquel preciso momento llamaron a la puerta.

—Oh, no... —rezongó Stig, contrariado, pues pensaba que sería Svetla, que venía dispuesta a revolcarse en la cama con él y ganarse una generosa propina.

Estuvo tentado de no abrir, pero se dijo que no estaría bien.

Svetla siempre se había portado magníficamente con él, y no podía cometer esa incorrección con ella.

Stig se levantó de la cama y acudió a abrir, sin molestarse en ponerse la bata.

¿Para qué?

Svetla no se escandalizaría por verle en slip, estaba ya acostumbrada a verlo sin él.

Stig abrió la puerta, firmemente decidido a decirle a la guapa y complaciente camarera que él no estaba para revolcones aquella noche. Ni amorosos, ni de los otros.

Pero no dijo ni pío, porque no era Svetla.

Era otra mujer, mucho más hermosa y excitante que la camarera.

Unos veinticuatro años.

Rubia.

Elegante.

Sensual…

Después de mirarle de arriba abajo, con un brillo malicioso en sus preciosos ojos azules, la belleza, que lucía una delgada túnica amarilla, abierta por los lados, preguntó:

—¿Stig Makela…?

—Que viste y calza —respondió el perplejo Stig.

La rubia volvió a dar un repaso al atlético cuerpo masculino.

—Calzar, no calza nada, y vestir, viste bien poco… —repuso, en tono socarrón.

Stig se miró y dio un respingo, porque ya no se acordaba de que iba en slip, y que éste era más bien reducido.

—¡Diablos, si voy desnudo!

—Casi —sonrió la beldad.

—Disculpe, me pongo la bata en seguida.

—Primero déjeme pasar, ¿no?

—¿No le importa que yo…?

—En absoluto.

—Bueno, siendo así… Pase usted, señorita.

—Me llamo Anka; Anka Werner —se presentó la escultura de carne y hueso, entrando en la habitación.

—Es un placer conocerla, señorita Werner.

—Anka, por favor.

—Es un placer, Anka.

—Ya puede ponerse la bata.

—¿Cómo?

—La bata... ¿O es que ha olvidado ya que va casi desnudo?

—Oh, sí, la bata —tosió Stig—. Voy por ella. La tengo en el cuarto de baño. En seguida vuelvo. No se vaya, ¿eh?

—Descuide —rió Anka Werner, divertida.

Stig corrió hacia el cuarto de baño, del cual salía pocos segundos después, atándose el cinturón de la bata, larga y brillante.

—¿Siempre acude usted a abrir en slip, Stig? —preguntó la turbadora Anka.

—Oh, no. Hoy lo hice porque creí que era otra persona.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—Entonces, procuraré ser breve. No quisiera estar todavía aquí, cuando llegue.

—Oh, no.se preocupe; no llegará.

—¿Seguro?

—En realidad, yo no la esperaba, pero, al oír el timbre, pensé que era ella, que llegaba sin avisar.

—Se habrá llevado una desilusión, ¿no?

—Nada de eso. Hace un rato que llegué de Titán, y estoy muy cansado. Esta noche no tengo ganas de diversión. —Lo comprendo.

—Bien, ya puede decirme a qué debo el honor de su visita, Anka.

—Quiero contratarle, Stig.

—¿Para llevarla adonde?

—A Wobo.

Stig Makela respingó.

—¿Wobo...?

—Sí.

—Ese pequeño planeta está muy lejano...

—Le pagaré lo que me pida.

—No es sólo cuestión de dinero, Anka.

—¿No?

—Wobo es un planeta muy peligroso, abundan las bestias salvajes, hay plantas carnívoras, arenas movedizas, volcanes que entran en erupción a cada dos por tres…

—Todo eso lo sé, Stig.

—Nadie quiere ir a Wobo.

—Yo tengo que ir, Stig.

—¿Por qué?

—Mi hermano está allí.

—¿En Wobo…?

—Sí.

—¿A qué fue?

—No quiso decírmelo, pero yo sospecho que iba en busca de algo muy valioso.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Seis semanas.

—Eso es mucho tiempo.

—Lo mismo opino yo.

—¿En qué tipo de nave se marchó?

—Una muy parecida a la suya.

—La mía puede recorrer esa distancia en siete días.

—Sí, eso fue lo que me dijo Andrzej, que tardaría en llegar a Wobo, una semana. Y que estaría, como mucho,otras dos semanas en ese planeta. Suman tres, y otra para volver, cuatro. Si han transcurrido seis, es porque le ha pasado algo. Quizá su nave esté averiada, y no pueda abandonar el planeta.

—Es posible.

—¿Me llevará usted a Wobo, Stig?

—¿Ha hablado con otros antes que conmigo, Anka?

—Sí.

—¿Y...?

—Nadie se atreve a hacer ese viaje, lo consideran demasiado peligroso.

—Y lo es.

—Usted tiene fama de valiente, Stig.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Uno de los pilotos que se negaron a llevarme a Wobo. Me dijo que a usted no le asusta nada, y que si alguien está tan loco como para llevarme allí, ése es usted.

Stig Makela se mesó el cabello.

—Me gustaría complacerla, Anka, pero...

—Ponga precio, Stig.

—No sé traía de dinero, ya se lo dije antes.

—Míreme, Stig.

—No he dejado de hacerlo ni un instante.

—¿Me encuentra atractiva?

—Mucho.

Anka Werner se llevó la mano al hombro y soltó el cierre de la túnica, que resbaló por su cuerpo hasta el suelo, suavemente.

A Stig Makela se le abrió la boca, porque Anka, bajo la túnica, sólo llevaba un triangulito de tejido brillante, no mucho mayor que el nudo de una corbata, que, sujeto a sus caderas por un delgado cordoncito, cubría a duras penas su sexo y el rubio vello de su pubis.

Stig contempló aquel cuerpo de diosa, maravillosamente terso y suave, que invitaba a ser acariciado de mil maneras distintas.

Anka, sin ruborizarse lo más mínimo, dejó que él la recorriera una y otra vez con sus ojos, y cuando adivinó que Stig, pese a su cansancio y su sueño, la deseaba, dijo:

—Haré el amor contigo, Stig. Todas las veces que quieras, mientras dure el viaje a Wobo. Tendrás el dinero que me pidas y me tendrás también á mí. ¿Aceptas ahora?

CAPITULO II

Stig Makela carraspeó, para aclararse la voz, y luego preguntó:

—¿Te ofreciste también a los otros pilotos, Anka?

—No; a ellos sólo les ofrecí dinero —respondió la hermosa rubia.

—¿Y por qué a mí me ofreces tu maravilloso cuerpo?

—El piloto de quien antes te hablé lo dijo bien claro. Si no me llevas tú a Wobo, nadie me llevará. Tengo que convencerte, Stig. Como sea.

Stig Makela dio un paso hacia la subyugante Anka, pero, en lugar de acariciar sus redondos y túrgidos pechos, de rosados pezones, descaradamente erguidos, sus firmes caderas, o sus largos y sedosos muslos, que era lo que ella pensaba que él iba a hacer, se agachó,

recogió la túnica del suelo, y cubrió con ella el tentador cuerpo femenino.

El mismo se encargó de abrochar el cierre, dejando la túnica sujeta al hombro.

Anka, visiblemente preocupada, preguntó:

—¿Rechazas mi proposición, Stig?

—Te llevaré a Wobo, Anka, pero sólo tienes que pagarme con dinero. Tu cuerpo es toda una tentación, pero no puedo aceptarlo. Demostraría ser un tipo sin escrúpulos. Otra cosa sería que yo te hubiese caído simpático y deseases acostarte conmigo. De haber sido así, me apresuraría a hacerte un huequecito en mi cama.

—¿A pesar de tu cansancio…? —sonrió maliciosamente ella.

—Contemplar tu cuerpo desnudo, y recuperarme totalmente, fue todo la misma cosa.

—Me siento muy halagada por ello.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido jamás, de veras. Y te aseguro que he conocido muchas.

—¿Puedo darte un beso, Stig?

—¿De agradecimiento?

—Sí.

—No lo quiero.

—¿Qué clase de besos te gustan a ti?

—Los que se dan porque se desean.

Anka Werner alzó sus cuidadas manos y las puso sobre los robustos hombros masculinos, con delicada suavidad.

—Yo deseo besarte, Stig.

—Eso ya es otra cosa —sonrió él, rodeando su flexible cintura y atrayéndola hacia si.

El beso fue largo.

Apasionado.

Profundo…

Mientras degustaba con avidez los llenos y brillantes labios femeninos, Stig Makela apretó el cuerpo de Anka Werner, una y otra vez.

Era como si la tuviera desnuda en sus brazos, porque la túnica era tan fina que permitía percibir la tibieza de sus prietas carnes.

Anka, pegada a él como un sello, también debió percibir otras cosas, a través de la bata, pues interrumpió el beso, aunque sin brusquedad, y aconsejó:

—No te muestres tan fogoso, Stig, o acabarás por no poder reprimir tu deseo de llevarme a la cama.

—Si ese deseo fuera recíproco…

—Es posible que pronto lo sea.

—Esperaré con viva ansiedad ese maravilloso momento.

Anka se separó suavemente de él.

—¿Te doy los detalles del viaje, Stig?

—Si no quieres darme otras cosas…

—Todo llegará, no seas impaciente —sonrió Anka, pasándole la mano por la mejilla.

Stig se la cogió y se la besó cálidamente, en el huequecito de la palma, con tanta habilidad, que Anka Werner no pudo evitar un dulce estremecimiento.

—Vengan esos detalles, Anka.

—Seremos cinco pasajeros.

Stig la miró, sorprendido.

—Creí que ibas sola a Wobo…

—No. Helena, la novia de Andrzej, también quiere ir. Está tan impaciente como yo, por conocer las causas del retraso de mi hermano. Helena está muy enamorada de Andrzej.

—Entiendo. ¿Y los otros tres pasajeros…?

—Son tres hombres. Miklos, Ivo y Masao, tres buenos amigos de

Andrzej.

—Sí que deben serlo, para arriesgarse así por él.

—Le aprecian mucho.

—Bien. ¿Cuándo queréis partir?

—Lo antes posible.

—Mañana por la mañana cargaré las provisiones y, por la tarde, podemos salir.

—Perfecto.

—A las seis en punto os espero en el astropuerto.

—Allí estaremos.

—Hasta mañana, pues.

—Que descanses, Stig. Y gracias por haber sido tan caballero conmigo.

—¿Te confieso una cosa?

—¿Qué?

—Ya estoy empezando a arrepentirme.

—Si me ordenas que me suelte la túnica, te obedeceré, ya lo sabes.

—No, prefiero esperar a que tú desees quitártela.

—No tendrás que esperar mucho, te lo prometo.

—Soñaré con ello.

—Buenas noches, Stig —sonrió acariciadoramente Anka Werner, y abandonó la habitación.

Stig Makela permaneció más de dos minutos de pie, con la mirada fija en la puerta, absolutamente inmóvil.

La cautivadora imagen de Anka Werner seguía grabada en sus retinas, y ya no pensaba en su cansancio ni en su sueño.

Parecía mentira, pero era verdad que ambas cosas le habían desaparecido.

Stig volvió a la realidad.

La sensual Anka se había ido; no iba a compartir su cama.

Una pena, porque la visión de su cuerpo desnudo, así como su posterior contacto con él, apenas velado por la finísima túnica, le había excitado, y así seguía.

Stig dio un suspiro de resignación y se despojó de la bata, la cual arrojó sobre una silla.

En el preciso instante en que iba a echarse de nuevo en la cama, sonó el timbre.

—¡Anka! —respingó Stig, pensando que era la seductora rubia, que volvía, y corrió a abrir, en slip.

Se llevó una desilusión, porque no era Anka Werner, sino Svetla, la complaciente camarera del hotel.

—Hola, Stig. ¿Me necesitas esta noche? —preguntó la chica, con picara sonrisa.

Stig no respondió, porque seguía desilusionado.

Svetla, veintitrés años de edad, morena, ojos negros y brillantes, nariz ligeramente respingona, y labios muy rojos, bajó la mirada y la posó en el slip de Stig.

—¡Oh, ya veo que sí! —exclamó, gozosa, y se coló en la habitación, despojándose rápidamente de su ceñido uniforme de camarera, quedando en pantaloncito, breve y transparente.

Pero también se lo quitó, después de descalzarse, y acto seguido se tendió voluptuosamente en la cama.

—Cuando quieras, Stig —dijo, llamándolo con el dedo gordo del pie.

Stig Makela, que no le estaba mirando eso, porque la camarera tenía cosas mucho más tentadoras que el dedo gordo del pie, y todas estaban bien a la vista, fue hacia ella.

No era Svetla la mujer que hubiera deseado poseer aquella noche, pero...

CAPITULO III

A las seis menos diez minutos, exactamente, Anka Werner subía a bordo de la nave de Stig Makela, luciendo un ligero traje espacial de color rojo vivo, que se pegaba a su cuerpo como una funda, señalando descaradamente cada una de las curvas de su prodigiosa anatomía.

Tras ella, subieron tres hombres y una mujer.

Los hombres portaban sendas bolsas de viaje.

—Ya estamos aquí, Stig —dijo Anka, con una amplia sonrisa.

Ella también portaba bolsa de viajé, la cual dejó en el suelo, al mismo tiempo que saludaba al propietario de la nave.

Stig Makela, que se hallaba sentado frente a los mandos, se levantó del sillón y se acercó a la rubia.

—Habéis sido puntuales —repuso, fijándose en los tres hombres y en la mujer; de manera especial, en ésta.

Y no sólo porque la chica, de no más de veintidós años de edad, cabello cobrizo, largo y suave, tenía un rostro atractivo y poseía una muy sugestiva figura, que su traje espacial, de color verde pálido, dibujaba con descaro, como en el caso de Anka.

Stig se fijó en ella porque la muchacha tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado recientemente, y sus mejillas estaban muy coloradas.

Y no era rubor, desde luego.

Stig hubiera jurado que a la chica le habían dado unascuantas bofetadas, no hacía mucho, y que por eso había llorado. Incluso daba la sensación de que su rostro estaba ligeramente hinchado.

Era la única que no portaba bolsa de viaje, lo cual tampoco dejaba de ser extraño, teniendo en cuenta que tardaría siete días en llegar a Wobo, más otros tantos en volver, y a esos catorce había que sumar los que permaneciesen en el planeta.

Anka Werner tomó familiarmente del brazo a Stig Makela y dijo:

—Voy a presentarte a nuestros compañeros de viaje, Stig. Esta chica tan mona es Helena Sobkoska, la novia de Andrzej. Ya te hablé de ella.

Stig tendió su mano a la joven.

—Encantado de conocerte, Helena.

Ella, tras un titubeo, que terminó cuando su mirada se cruzó con la de Anka, se la estrechó.

—Lo mismo digo, Stig —respondió, sin esbozar la más leve sonrisa.

—¿Te ha ocurrido algo?

—¿Por qué lo preguntas, Stig? —inquirió Anka, sin dar tiempo a que la novia de su hermano pudiera responder.

—Tiene los ojos muy enrojecidos.

—Oh, es eso... —sonrió Anka—. Helena es una chica muy llorona, y desde que supo que había encontrado a alguien dispuesto a llevarnos a Wobo, no ha dejado de soltar lágrimas. De alegría, ya puedes suponerlo.

—Pues no parece muy contenta... —observó Stig.

—Es su carácter. Aunque por dentro esté saltando de alegría, su gesto siempre parece serio.

—¿Y lo de las mejillas?

—¿Qué?

—Las tiene muy coloradas.

—Oh, sí, las mejillas... Cuando estábamos a punto de venir hacia el astropuerto, Helena se puso histérica, de la emoción, y tuve que darle un par de cariñosas bofetadas. Se le pasó en seguida.

—Pues menos mal que las bofetadas fueron «cariñosas», porque si llegan a ser de verdad...

Anka rió.

—Es que Helena tiene una piel muy delicada, y donde le pones los dedos, dejas señal. Andrzej tiene un serio problema con eso. No puede pellizcarle nada, porque en seguida le salen los manchones azulados, y eso afea mucho el cuerpo de una mujer. Ni siquiera se atreve a darle apretoncitos, porque también le dejan marca. Todo un problema, ya te digo.

—Sí, sí que lo es —repuso Stig, irónico, porque no le convencían demasiado las explicaciones de la rubia.

Anka señaló al tipo que estaba junto a Helena Sobkoska, a la que por cierto él tenía cogida del brazo izquierdo, y no la soltaba para nada.

—Este es Miklos Nemeth.

—¿Qué tal, Stig? —sonrió el individuo, que frisaba los treinta años de edad, medía alrededor de 1,90 de estatura, y rondaría los cien kilos de peso.

—Hola —repuso Stig, que no pudo estrechar la mano de Miklos, porque éste no se la tendió.

Para eso tendría que haber soltado el brazo de Helena, y por lo visto no quería.

Tal circunstancia no pasó inadvertida para Stig Makela, a quien desde ese momento le cayó mal el fornido Miklos, cuyo rostro era tan duro como sus músculos, perfectamente marcados bajo el traje espacial, que era de color gris acero, sin duda para hacer juego con la constitución física del individuo, porque parecía estar hecho de eso, de acero.

Anka Werner movió la mano y apuntó al tipo que se hallaba a la izquierda de Miklos.

—Ivo Polleunis… —dijo.

Ivo sí ofreció su mano a Stig, a quien sonrió.

Al menos, ésa fue su intención, pero como tiraba bastante más a feo que a lo otro, su sonrisa no pasó de ser una mueca desagradable, como si estuviese oliendo alguna fruta podrida.

Era un sujeto delgado, pero fuerte, y tampoco era bajo,

pues andaría por 1,80 de estatura. Su traje era amarillo, muy chillón.

—Encantado, Stig —dijo, cuando alargó su brazo.

—Es un placer, Ivo —repuso Stig.

Mintió.

Descaradamente.

El tal Ivo también le caía mal.

Y no sólo porque fuese feo, porque de eso no tenía la culpa él, sino su padre y su madre, por haberlo hecho así. Le caía mal porque su forma de mirar no inspiraba ninguna confianza.

Ivo era uno de esos tipos a los que nunca se les debe dar la espalda, porque se corre el riesgo de acabar con un cuchillo hundido entre los omóplatos.

Stig, desde luego, procuraría no dársela.

Anka señaló al tercer individuo, un oriental más bien bajo, pero extraordinariamente corpulento.

—Y Masao Aoki —lo presentó.

El tipo tendió su manaza al propietario de la nave.

—Hola, Stig —dijo, sonriendo.

Nadie se enteró de que sonreía, porque lucía un mostacho que valía por cuatro, y le tapaba totalmente la boca.

Tanto pelo allí, y tan poco medio palmo más arriba.

No, no estaba calvo; es que llevaba la cabeza afeitada.

Y qué cabeza...

Podría derribar una pared con ella, si se lo proponía.

Y de un solo golpe.

Stig estrechó la mano del oriental, cuyo traje era de color carne, y como le venía muy ajustado, parecía que iba en cueros.

—Celebro conocerte, Masao —repuso.

Volvió a mentir.

Con el mismo descaro de antes.

El cabezón tampoco le caía bien.

Tenía aspecto de luchador, y no de los limpios, precisamente.

La manaza de Masao empezó a apretar más de la cuenta, como si quisiera tantear la potencia muscular de Stig.

Este apretó a su vez con la suya, para evitar que el oriental le hiciese daño.

Masao acentuó su presión.

Stig acentuó la suya.

Las caras de los dos empezaron a ponerse rojas, tensos sus respectivos músculos faciales, marcadas las venas de su cuellos y de sus frentes…

Los oblicuos ojos del cabezón brillaron, visiblemente contrariado el tipo porque Stig Makela no cedía, y él estaba ya alcanzando el límite de su potencia muscular.

Hasta los pelos del mostacho le temblaban ya.

Anka, Miklos, Ivo y Helena la Llorona estaban muy pendientes de la emocionante confrontación de fuerzas que tenía lugar entre Masao y Stig.

Los cuatro tenían la respiración contenida, y ninguno de ellos pestañeaba.

De pronto, la resistencia del oriental empezó a flaquear.

Anka Werner, sin duda para evitarle la humillación de la derrota, dijo:

—Basta ya de juegos, Stig. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Tienes razón, Anka —repuso Stig Makela, soltando la mano del cabezón.

Masao sintió deseos de ponérsela en el sobaco, porque le dolía desde las uñas a la muñeca, pero le dio vergüenza, y no se la puso en ningún sitio.

—Estás en forma, Stig —dijo Miklos, sin poder ocultar que le había molestado la victoria moral del propietario de la nave, lo mismo que al espigado Ivo.

—Y eso que anoche estuve con una morena que es puro fuego —sonrió Stig.

—¡Oh! —exclamó Anka—. De modo que la chica acudió por fin, ¿eh? —pareció recriminar con la mirada a Stig.

Este carraspeó.

—Sí, al poco de haberte marchado tú —asintió.

—Muy bonito.

—Lo siento, no pude quitármela de encima.

—Es de las que se ponen arriba, ¿eh?

Stig tosió.

—Lo que quise decir es que…

—Mejor es que no sigamos hablando de ello, Stig —le cortó Anka, visiblemente enfadada—. ¿La nave está dispuesta para partir?

—Sí, ya lo creo.

—Entonces, despeguemos cuanto antes.

—¿No queréis dejar vuestras cosas en los camarotes?

—Ya las dejaremos luego.

—Muy bien. Que cada cual ocupe un asiento y se abroche el cinturón de seguridad —indicó Stig.

—Ya lo habéis oído, muchachos —gruñó Anka, sentándose en el sillón que había junto al del piloto.

Ivo y Masao se sentaron tras ella, y el oriental, disimuladamente, se sopló y se lamió la mano triturada por Stig, contra el que maldecía con el pensamiento una y otra vez.

Miklos obligó a Helena Sobkoska a ocupar uno de los sillones que había detrás del asiento del piloto, y él se sentó a su lado, soltando el brazo de la joven por primera vez.

—Abróchate el cinturón —indicó a la muchacha.

Ella obedeció, en silencio.

O pareció que obedecía, al menos.

No fue así.

Lo hizo para confiar a Miklos, y cuando vio que éste ya se había abrochado su cinturón de seguridad, saltó de su asiento como impulsada por un resorte y trató de alcanzar la puerta de la nave, que todavía no había sido cerrada por Stig.

—¡Cuidado, la chica se escapa! —rugió Miklos, manipulando ya su cinturón.

—¡Agárrala, Stig! —gritó Anka Werner, volviéndose con gesto de furia.

Stig Makela, el único que todavía no había ocupado su asiento, dio un ágil salto y sujetó por el brazo a la muchacha.

—¡Suéltame, estúpido! —barbotó ella, forcejeando con él.

—Tranquilízate, Helena —rogó Stig.

—¡Helena Sobkoska es ella! —gritó la joven, mirando con odio a la hermosa rubia—. ¡Yo soy Anka Werner, la hermana de Andrzej!

CAPITULO IV

Stig Makela quedó tan sorprendido, que su mano aflojó la presión que ejercía sobre el brazo de la auténtica Anka Werner, y la joven pudo zafarse de él.

Pero no escapar de la nave.

Miklos, Ivo y Masao ya se habían soltado los cinturones de seguridad y brincado de sus asientos, y el primero de ellos atrapó a la hermana de Andrzej.

Mientras Anka luchaba desesperadamente con el corpulento Miklos, la verdadera Helena Sobkoska, que también se había desabrochado el cinturón de seguridad y saltado de su asiento, indicó:

—¡Ivo, cierra la puerta de la nave!

El flaco se apresuró a obedecer.

Anka Werner seguía debatiéndose entre los musculosos brazos de Miklos Nemeth, y consiguió morderle con saña uno de ellos.

El tipo aulló al sentir clavados en su carne los dientes de la muchacha, y para cobrarse el doloroso mordisco le soltó una bofetada, que casi la tira al suelo.

Anka dio un grito.

Miklos fue a abofetearla de nuevo, pero entonces intervino Stig Makela, repuesto ya de la sorpresa que para él había supuesto saber que la hermosa rubia no se llamaba Anka Werner, sino Helena Sobkoska, y que ella no era la hermana de Andrzej, sino la otra, la de los ojos enrojecidos y las mejillas coloradas y algo hinchadas.

Stig ya sabía por qué Anka Werner tenía las mejillas así.

No había recibido bofetada de la sensual Helena, sino del bruto

de Miklos, y tan duras como la que le acababa de propinar ahora.

Stig, sin pronunciar palabra, disparó su puño derecho y lo estrelló en la mandíbula de Miklos, con tanta potencia, que el robusto sujeto rodó por el piso de la nave como una pelota.

—¡A él, Masao! —gritó Helena Sobkoska.

Masao Aoki no se hizo repetir la orden, porque estaba deseando desquitarse del trituramiento de mano, y embistió a Stig Makela, con su rapada cabeza, que intentó incrustar en el estómago del propietario de la nave.

Por fortuna, porque si no hubiera devuelto el almuerzo, el desayuno, y parte de la cena, Stig consiguió apartarse a tiempo, y el poderoso cráneo del oriental fue a chocar contra la pared de la nave, mucho más sólida, lógicamente, que la testa de Masao, quien rebotó en ella espectacularmente y cayó al suelo, dando aullidos de dolor.

Entretanto, Anka Werner había sido atrapada por Ivo Polleunis, de quien pugnaba por librarse, sin conseguirlo.

—¡Ayúdame, Stig! —suplicó la joven.

Stig Makela fue hacia el flaco, dispuesto a fracturarle la mandíbula de un puñetazo, pero Miklos, repuesto ya del trallazo que el dueño de la nave le propinara, se puso en pie y saltó como un tigre sobre la espalda de éste, derribándole.

Se golpearon mutuamente en el suelo, llevando Miklos la peor parte, porque Stig era muy bueno peleando.

Helena Sobkoska, viendo que Miklos no lograba reducir a Stig, rugió:

—¡Masao, estúpido, deja de frotarte el «melón» y ayuda a Miklos!

El oriental se levantó del suelo y buscó a Stig Makela con la mirada, turbia a causa del tremendo golpe que se había propinado un par de minutos antes.

La verdad es que Masao estaba un poco mareado, y no distinguía bien los objetos.

Esa, sin duda, fue la causa de que se confundiera de hombre, y embistiera a su compañero Ivo.

El flaco, al verlo venir hacia él, con la cabeza por delante, chilló:

—¡Que soy yo, burro...!

Masao al reconocer la voz de su compañero, quiso frenar, pero ya no le dio tiempo, y su cabezón se hundió en el estómago del flaco.

Ivo lanzó un bramido de dolor, mientras caía al suelo con estrépito, arrollado por el oriental.

Aquello le vino muy bien a Anka Werner para abalanzarse sobre la palanca que abría la puerta de la nave. Iba ya a accionarla, cuando oyó la voz de Helena Sobkoska.

—¡Quieta, Anka!

Esta volvió los ojos hacia la rubia.

Helena empuñaba una pistola de rayos infrarrojos, que había sacado de su bolsa de viaje, y le estaba apuntando a ella, al rostro.

—¡Si mueves esa palanca, te abraso la cara! —amenazó la rubia, los ojos relampagueantes de furia, a causa del tremendo error cometido por Masao.

Anka retiró su mano de la palanca, pues creía muy capaz a Helena Sobkoska de hacer lo que decía. Ya le había demostrado que era una mujer sin escrúpulos.

Helena Sobkoska, sin dejar de vigilar a Anka Werner, miró a Stig y Miklos.

El primero le estaba propinando una soberana paliza al segundo.

Helena desgranó una maldición.

Desvió su furiosa mirada hacia Ivo y Masao, que seguían en el suelo, el flaco agarrándose el machacado estómago con ambas manos, y el oriental buscando el modo de disculparse con su compañero.

—¡Pareja de mequetrefes! —rugió Helena—. ¡Poneos en pie en seguida y reducid a Stig, que está zurrando a Miklos!

Masao se irguió en el acto, y como ya se le había pasadoel mareo, y veía con claridad, tomó carrera y se arrojó sobre Stig Makela, cuyos brazos sujetó por detrás.

Ivo también se levantó, con mucha más dificultad que el oriental, y después de escupir algo, que él temió fuera un trozo de tripa o de hígado, porque sabía muy mal, trotó hacia donde Miklos y Masao pugnaban por reducir a Stig.

Este se defendió con bravura, pero Miklos ya le había asestado un par de buenos golpes, aprovechando que Masao le había sujetado los brazos por detrás, y no pudo con los tres matones al servicio de Helena Sobkoska, viéndose finalmente reducido por ellos.

—¡Basta, no le golpeéis más! —ordenó la rubia.

A pesar de ellos, Miklos todavía hundió su puño una vez más en el hígado del propietario de la nave, arrancándole un rugido de dolor.

Luego los tres individuos se irguieron y se apartaron de Stig Makela, que quedó en el suelo, aturdido por los golpes.

—Anka, ocúpate de él —indicó Helena—. Después de todo, está así por tu culpa.

—¿Por mi culpa...? —exclamó la joven.

—Si no hubieras intentado huir, nada de esto habría sucedido.

—Yo le quitaré las ganas de intentarlo de nuevo, no te preocupes —mascullló Miklos, que sangraba por la boca, por la nariz, y por un pómulo, amén de tener un ojo casi negro y la oreja zurda hinchada como un pan.

Anka Werner se estremeció, porque ya sabía cómo las gastaba el bestia de Miklos.

—Vamos, haz lo que te he dicho —gruñó Helena.

Anka sacó su pañuelo del bolsillo, lo mojó con agua, que hizo caer de la voluminosa botella sujeta a la pared de la nave, y se arrodilló junto a Stig Makela, cuya cabeza levantó con suavidad y colocó sobre su regazo.

Le humedeció el rostro con el pañuelo, en silencio.

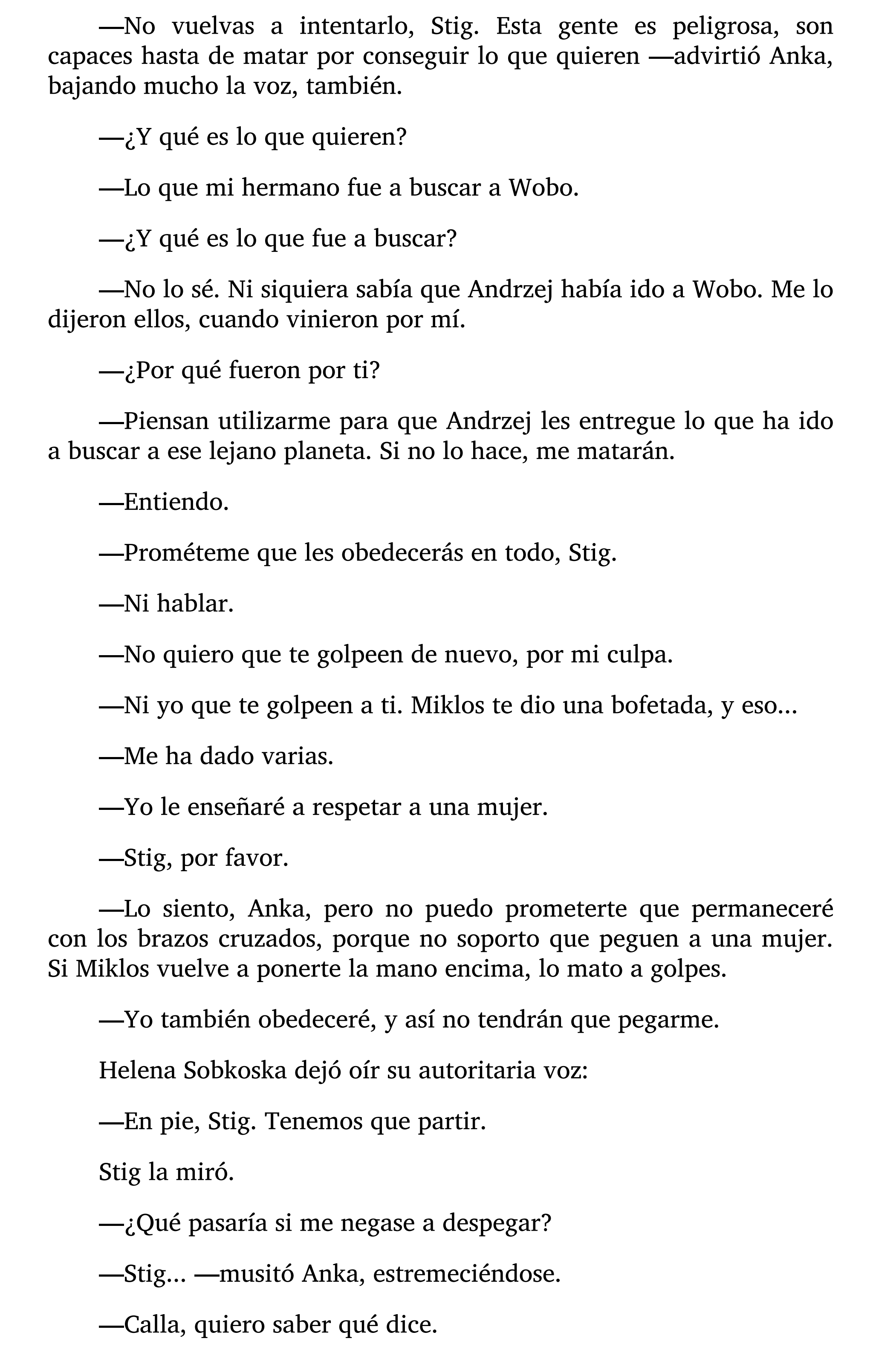
Stig abrió los ojos y la miró.

—Lo siento, Anka. No he podido sacarte de esto.

Ella sonrió levemente.

—No te preocupes. Te defendiste admirablemente, pero ellos son tres, y era lógico que acabaran imponiéndose.

—Ya veremos quién se impone la próxima vez —rezongó Stig, en tono bajo.



—No vuelvas a intentarlo, Stig. Esta gente es peligrosa, son capaces hasta de matar por conseguir lo que quieren —advirtió Anka, bajando mucho la voz, también.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Lo que mi hermano fue a buscar a Wobo.

—¿Y qué es lo que fue a buscar?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que Andrzej había ido a Wobo. Me lo dijeron ellos, cuando vinieron por mí.

—¿Por qué fueron por ti?

—Piensan utilizarme para que Andrzej les entregue lo que ha ido a buscar a ese lejano planeta. Si no lo hace, me matarán.

—Entiendo.

—Prométeme que les obedecerás en todo, Stig.

—Ni hablar.

—No quiero que te golpeen de nuevo, por mi culpa.

—Ni yo que te golpeen a ti. Miklos te dio una bofetada, y eso...

—Me ha dado varias.

—Yo le enseñaré a respetar a una mujer.

—Stig, por favor.

—Lo siento, Anka, pero no puedo prometerte que permaneceré con los brazos cruzados, porque no soporto que peguen a una mujer. Si Miklos vuelve a ponerte la mano encima, lo mato a golpes.

—Yo también obedeceré, y así no tendrán que pegarme.

Helena Sobkoska dejó oír su autoritaria voz:

—En pie, Stig. Tenemos que partir.

Stig la miró.

—¿Qué pasaría si me negase a despegar?

—Stig... —musitó Anka, estremeciéndose.

—Calla, quiero saber qué dice.

Y lo que Helena Sobkoska dijo fue:

—Te mataremos, y buscaremos otro piloto.

—Nadie os llevaría a Wobo, tú lo sabes.

—Por las buenas, es posible que no; pero sí a punta de pistola. Los seres humanos no tenemos más que una vida, y a nadie le gusta perderla. Claro que si a ti no te importa perder la tuya…

Stig Makela se incorporó, ayudado por Anka Werner, y dijo:

—Tú ganas, Helena. Os llevaré a Wobo.

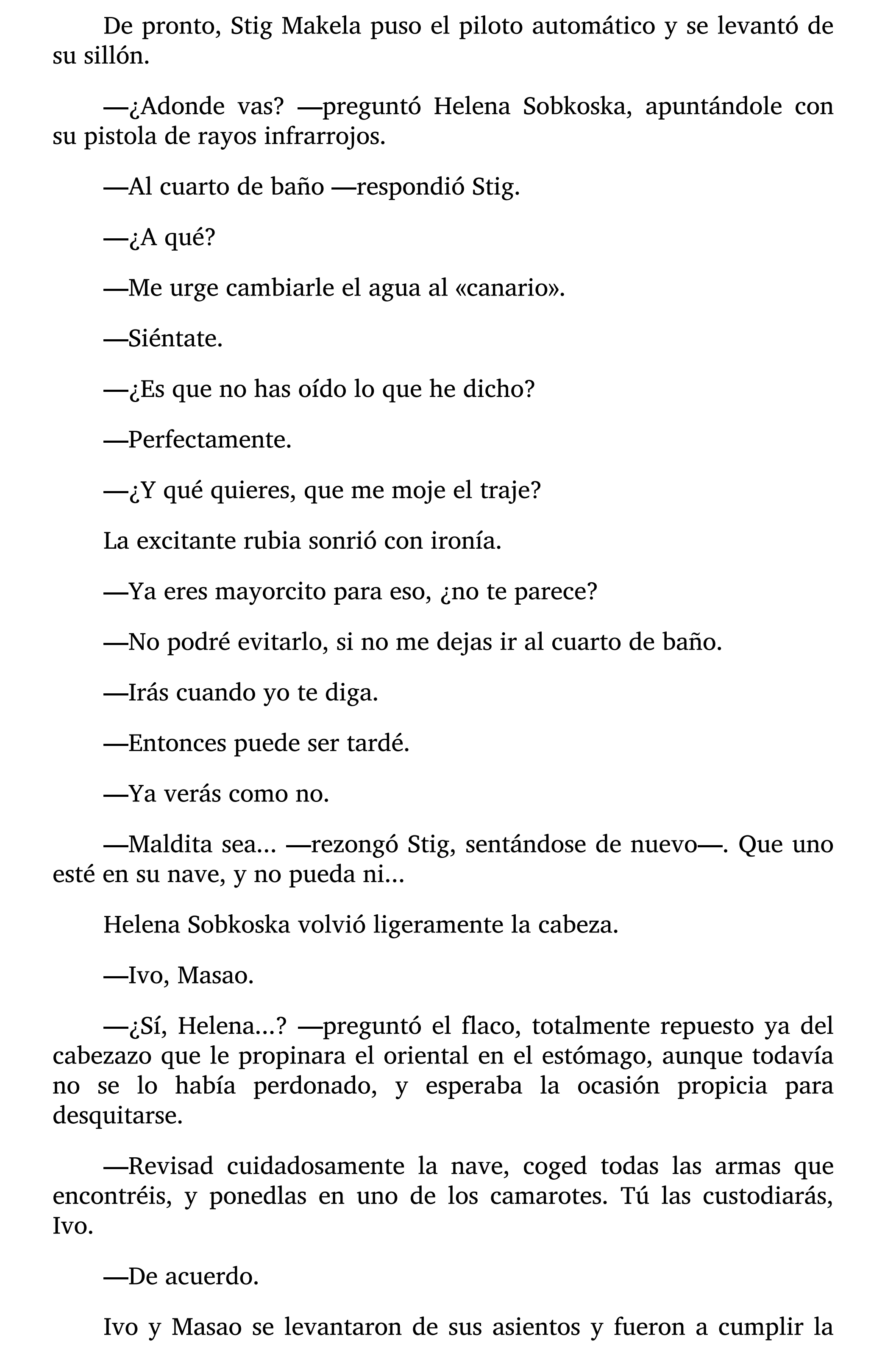
CAPITULO V

Hacía ya dos horas que la nave de Stig Makela había partido del astropuerto de Meta-V, y Saturno quedaba ya muy lejos.

Como el proceso de aceleración era constante, la pequeña nave surcaba el espacio cada vez a mayor velocidad, y de no suceder nada anormal, en sólo dos días habrían alcanzado los límites del Sistema Solar, adentrándose entonces en el sistema Alfa-Centauro, al cual pertenecía Wobo, el pequeño y peligroso planeta.

Durante esas dos horas de viaje, apenas se había conversado en la cabina de mandos de la nave.

Nadie parecía tener ganas de hablar.



De pronto, Stig Makela puso el piloto automático y se levantó de su sillón.

—¿Adonde vas? —preguntó Helena Sobkoska, apuntándole con su pistola de rayos infrarrojos.

—Al cuarto de baño —respondió Stig.

—¿A qué?

—Me urge cambiarle el agua al «canario».

—Siéntate.

—¿Es que no has oído lo que he dicho?

—Perfectamente.

—¿Y qué quieres, que me moje el traje?

La excitante rubia sonrió con ironía.

—Ya eres mayorcito para eso, ¿no te parece?

—No podré evitarlo, si no me dejas ir al cuarto de baño.

—Irás cuando yo te diga.

—Entonces puede ser tardé.

—Ya verás como no.

—Maldita sea... —rezongó Stig, sentándose de nuevo—. Que uno esté en su nave, y no pueda ni...

Helena Sobkoska volvió ligeramente la cabeza.

—Ivo, Masao.

—¿Sí, Helena...? —preguntó el flaco, totalmente repuesto ya del cabezazo que le propinara el oriental en el estómago, aunque todavía no se lo había perdonado, y esperaba la ocasión propicia para desquitarse.

—Revisad cuidadosamente la nave, coged todas las armas que encontréis, y ponedlas en uno de los camarotes. Tú las custodiarás, Ivo.

—De acuerdo.

Ivo y Masao se levantaron de sus asientos y fueron a cumplir la

orden de la rubia.

Algunos minutos después, el oriental regresaba a la cabina de mandos.

—Misión cumplida, Helena.

—Muy bien. Ya puedes ir al cuarto de baño, Stig —autorizó la rubia.

—Muchas gracias —gruñó el propietario de la nave, levantándose.

—Acompáñale, Masao.

—No te molestes, cabezón. Sé hacer «pipí» solo.

—Masao irá contigo, Stig. Te guste o no —dijo Helena.

—De acuerdo, que venga —masculló Stig, y caminó hacia el cuarto de baño.

El oriental fue tras él, con un extraño brillo en las pupilas.

Entraron los dos en el cuarto de baño, cuya puerta cerró Masao.

Stig levantó la tapadera del inodoro, se abrió la cremallera del traje, y se dispuso a vaciar la vejiga.

No pudo, porque Masao le soltó un rodillazo en los riñones.

Brutal.

Terrible.

Stig Makela lanzó un rugido de dolor y se derrumbó, como partido en dos.

Masao Aoki movió la pierna de nuevo, y hundió la punta de su bota en el hígado del dueño de la nave, que volvió a quejarse, al tiempo que se encogía.

El oriental, cuyo rostro expresaba claramente la enorme satisfacción que aquella cobarde venganza le producía, disparó la otra pierna, hacia el pecho del dolorido Stig.

Pero éste reaccionó, y aprisionó el pie del traidor, torciéndoselo con brusquedad.

Masao lanzó un largo aullido y se vino abajo estrepitosamente.

Stig se levantó y le demostró que él también sabía dar patadas.

Costillas, quijadas, hígado, y órganos genitales, por este orden fueron «tanteados» por las puntas de sus botas.

Todos los golpes fueron dolorosos, pero el último mucho más, y el oriental chilló como una rata al recibirlo, pero como las paredes del cuarto de baño impedían el paso de cualquier sonido, al igual que las del resto de la nave, nadieacudió en su ayuda.

Stig agarró por el mostacho a Masao, que estaba hecho una bola, y le obligó a levantar la cabeza, que luego empujó hacia abajo, de golpe.

El rapado cráneo del oriental se estrelló contra el suelo,con gran violencia.

Stig repitió la acción unas cuantas veces más, hasta que vio que Masao había perdido el sentido. Entonces, le soltó el mostacho, algunos de cuyos duros pelos le había arrancado en los violentos tirones, y se olvidó de él.

Hizo su necesidad orgánica, se subió la cremallera, y abandonó el cuarto de baño, cogiéndose los riñones, porque todavía le dolían lo suyo.

Vio a Ivo.

El flaco custodiaba la puerta de uno de los cuatro camarotes.

No se había enterado de nada.

Stig echó a andar hacia la cabina de mandos.

Ivo se extrañó al no ver salir del cuarto de baño a su compañero Masao, pero pensó que éste estaba haciendo alguna necesidad mayor, y no le dio importancia a la cosa,Stig entró en la cabina de mandos.

Al ver que regresaba solo, Helena Sobkoska frunció el ceño.

—¿Dónde está Masao?

—Se quedó en el cuarto de baño.

—¿Haciendo qué?

—¿Es necesario que lo diga?

La rubia apretó los dientes, porque sospechaba que algo le había sucedido al oriental.

—¡Ivo! —llamó.

El flaco no tardó en aparecer.

—¿Sí, Helena…?

—Ve a ver qué le ha ocurrido al tarugo de Masao.

—En seguida.

Ivo Polleunis desapareció.

Stig Makela se sentó en su sillón, y se llevó las manos a la espalda.

—¿Te duelen los riñones? —preguntó Helena Sobkoska.

—Sí.

—¿De retener la orina?

—Del rodillazo que me atizó Masao.

—Explícate.

—Me atacó traidoramente, apenas entrar en el cuarto de baño.

—¿Le has sacudido?

—Sí; tuve que defenderme, porque Masao parecía dispuesto a destrozarme a patadas.

—¡Seguro que fue él quien atacó a Masao! —rugió Miklos Nemeth.

—No es cierto, Helena.

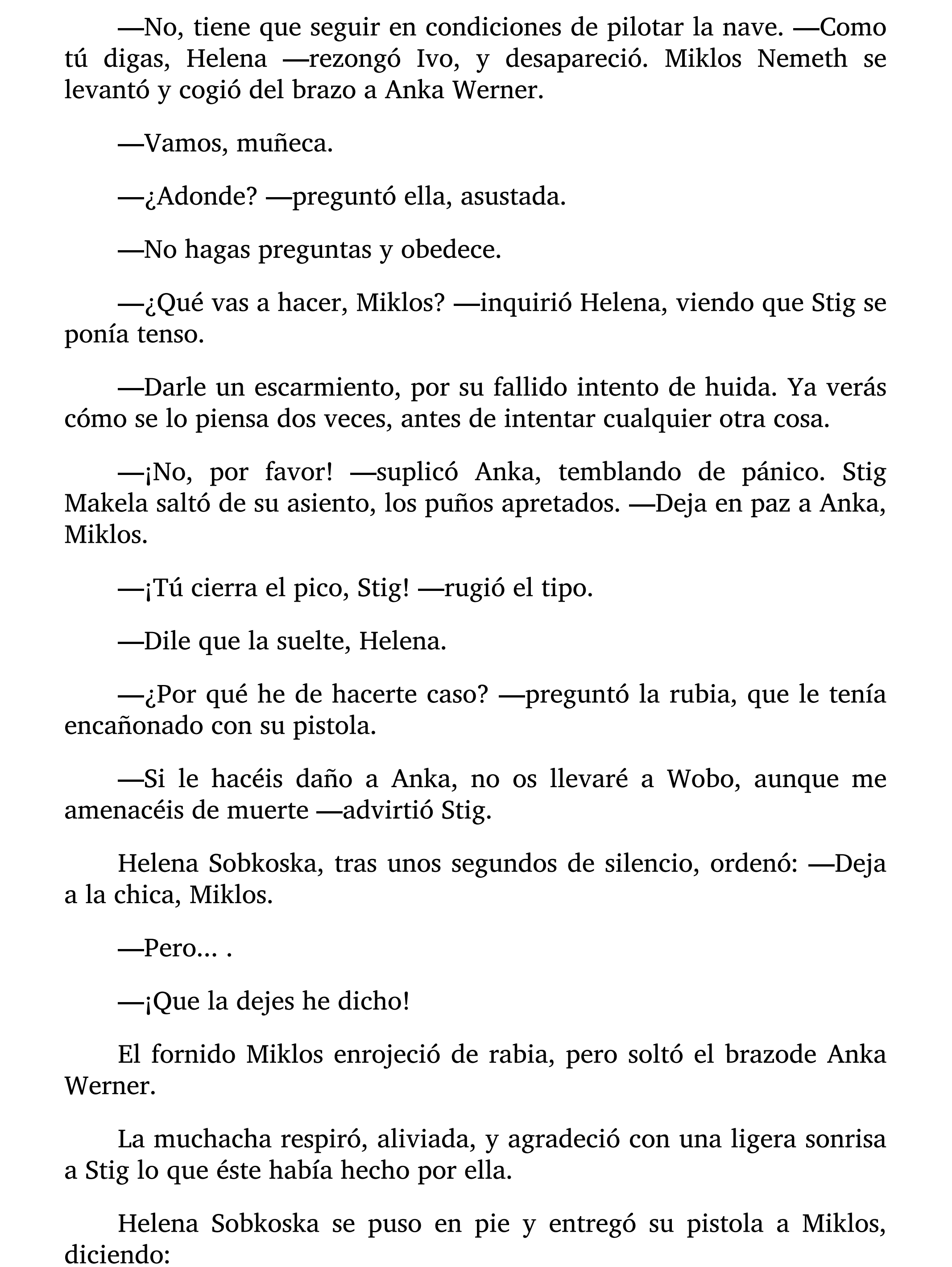
—Masao nos la dirá, cuando se recobre —rezongó la rubia.

En aquel momento regresó Ivo.

—¡Masao está tirado en el suelo, inconsciente! —informó. —Ya se despertará, no te preocupes —repuso Helena—.

Vuelve a tu puesto, Ivo.

—¿No vamos a darle su merecido a ese bastardo? —masculló el flaco, mirando con odio a Stig Makela.



—No, tiene que seguir en condiciones de pilotar la nave. —Como tú digas, Helena —rezongó Ivo, y desapareció. Miklos Nemeth se levantó y cogió del brazo a Anka Werner.

—Vamos, muñeca.

—¿Adonde? —preguntó ella, asustada.

—No hagas preguntas y obedece.

—¿Qué vas a hacer, Miklos? —inquirió Helena, viendo que Stig se ponía tenso.

—Darle un escarmiento, por su fallido intento de huida. Ya verás cómo se lo piensa dos veces, antes de intentar cualquier otra cosa.

—¡No, por favor! —suplicó Anka, temblando de pánico. Stig Makela saltó de su asiento, los puños apretados. —Deja en paz a Anka, Miklos.

—¡Tú cierra el pico, Stig! —rugió el tipo.

—Dile que la suelte, Helena.

—¿Por qué he de hacerte caso? —preguntó la rubia, que le tenía encañonado con su pistola.

—Si le hacéis daño a Anka, no os llevaré a Wobo, aunque me amenacéis de muerte —advirtió Stig.

Helena Sobkoska, tras unos segundos de silencio, ordenó: —Deja a la chica, Miklos.

—Pero... .

—¡Que la dejes he dicho!

El fornido Miklos enrojeció de rabia, pero soltó el brazode Anka Werner.

La muchacha respiró, aliviada, y agradeció con una ligera sonrisa a Stig lo que éste había hecho por ella.

Helena Sobkoska se puso en pie y entregó su pistola a Miklos, diciendo:

—Vigila bien a la chica, Miklos. Y no olvides que no debes ponerle la mano encima.

—Descuida, no la tocaré —gruñó el tipo.

—Ven conmigo, Stig.

—¿Adonde?

—Quiero hablar contigo a solas.

Stig miró a Anka Werner.

—Vuelvo en seguida, Anka.

—No tardes, Stig —rogó ella, porque la aterraba quedarse sola con el salvaje de Miklos.

—Vamos, Stig —apremió Helena, saliendo de la cabina de mandos.

Stig Makela fue tras ella.

La rubia abrió uno de los camarotes y entró en él. Esperó a que Stig entrara también, y entonces cerró la puerta, echando el cerrojo. Se volvió y lo miró fijamente a los ojos, mientras su expresión se tornaba dulce y cariñosa. —Stig... —pronunció, cálidamente.

—¿De qué quieres hablarme, Helena? —preguntó Stig, seco.

La rubia dio un paso hacia él y le pasó los brazos por el cuello, tomando contacto su cuerpo con el masculino.

—Primero, bésame —pidió, entreabriendo sus incitantes labios.

—No tengo ganas.

—Anoche me deseabas.

—Anoche no sabía lo zorra que eres.

Los ojos de Helena Sobkoska brillaron peligrosamente. —Piensas que soy una mala persona, ¿verdad?

—Acabo de llamarte zorra, ¿no?

—Es la primera vez que hago algo sucio, te lo juro. —Y yo soy tan ingenuo que voy y te creo.

—No me creas, si no quieres, pero es la pura verdad. Andrzej Werner me la jugó, Stig. Lo que ha ido a buscar a Wobo nos pertenece a los dos, pero el muy bastardo lo quiere para él solo, y está dispuesto a todo con tal de salirse con la suya. ¿Sabes por qué no regresa de Wobo?

—¿Lo sabes tú?

—Claro que lo sé. Está esperando que yo vaya en su busca, para liquidarme. Allí puede matarme tranquilamente, nadie le acusaría de ello, porque nadie encontraría nunca mi cadáver; las arenas movedizas de Wobo se lo tragarían. O lo devorarían las bestias salvajes. O las plantas carnívoras... Lo que Andrzej no sabe es que llevo conmigo a su hermana, para que no pueda culminar su plan. Cuando sepa que tengo a Anka en mi poder, desistirá de intentar nada contra mí, y no tendrá más remedio que entregarme lo que fue a buscar.

Y me lo entregará todo. Su parte y la mía. Merece quedarse sin nada, por ruin y egoísta.

—¿Y cuando tengas «eso» tan valioso en tu poder...?

—Me gustaría matar a Andrzej, te lo juro; pero si lo hiciera, tendría que matar también a su hermana, para que ella no me delatara. Y no tengo estómago para matar a Anka, ella no me ha hecho nada.

—Permitiste que Miklos la abofeteara duramente.

—Fue necesario, Stig, Anka se negaba a venir con nosotros a Wobo, como ya puedes suponer, y sólo así logramos convencerla. Yo detesto la violencia, créeme, pero tengo que mostrarme dura e inflexible, o los tipos que he contratado para esto me perderán el respeto, y sólo Dios sabe lo que ocurriría entonces, porque son tres elementos de cuidado. ¿Viste cómo me miró Miklos, cuando le prohibí que maltratara de nuevo a Anka?

—Sí, lo vi. Le sentó muy mal.

—Claro. Como que pensaba violarla, después de darle unos cuantos golpes más. Ivo y Masao también desean abusar de la muchacha, porque es muy atractiva.

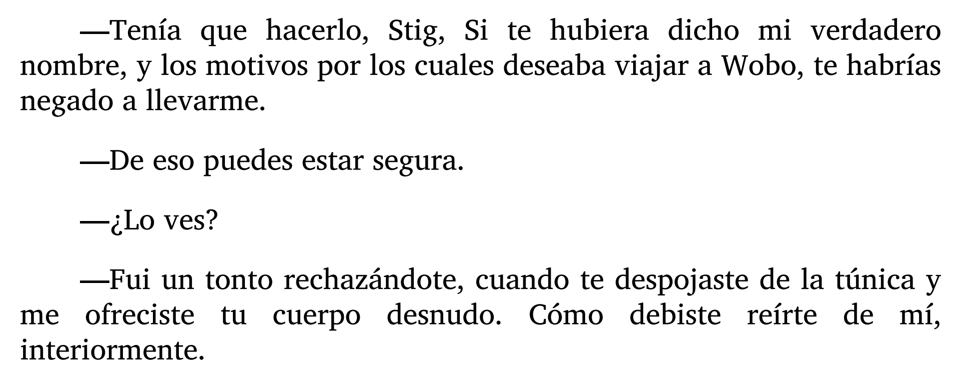
—Como se atrevan a tocarla... —masculló Stig, apretando los puños.

—No la tocarán, no te preocupes. Yo no lo permitiré.

—No puedo confiar en ti, Helena.

—¿Por qué?

—Me engañaste anoche, presentándote ante mí como Anka Werner.



—Tenía que hacerlo, Stig, Si te hubiera dicho mi verdadero nombre, y los motivos por los cuales deseaba viajar a Wobo, te habrías negado a llevarme.

—De eso puedes estar segura.

—¿Lo ves?

—Fui un tonto rechazándote, cuando te despojaste de la túnica y me ofreciste tu cuerpo desnudo. Cómo debiste reírte de mí, interiormente.

—Confieso que no esperaba que me rechazaras, pero no me reí de ti, Stig. Me trataste con respeto, y eso siempre nos gusta a las mujeres. También nos gusta que nos deseen, claro. Y tú me deseabas, pese a tu agotamiento físico, que pareció esfumarse como por arte de magia. Noté tu excitada virilidad contra mi sexo, que también palpitaba de deseo, porque me gustaste desde el primer momento.

—¿Por qué te marchaste, entonces?

—Fingía ser Anka Werner, ¿recuerdas? Temí que me tomaras por una cualquiera si me metía en la cama contigo, apenas conocerte. Una cosa era que te ofreciera mi cuerpo para conseguir que me llevaras a Wobo, y otra muy distinta que te lo ofreciera sólo porque sí.

—Entiendo.

—¿Quieres besarme ahora, que ya sabes toda la verdad?

—Bueno.

Se besaron.

Larga y profundamente, como la noche anterior.

También, como entonces, Stig Makela apretó contra sí el curvilíneo cuerpo de Helena Sobkoska.

Cuando separaron sus bocas, ella sugirió:

—¿Hacemos el amor, Stig?

—Me gustaría, pero me duelen demasiado los riñones.

—Yo llevaré la iniciativa, no te preocupes.

—Me gusta llevarla a mí, Helena, así que tendremos que esperar a que yo me recupere del rodillazo que me atizó Masao.

—Bastardo…

—¿Por qué insultas a mi madre?

—No insulto a tu madre, sino a la madre de Masao, porlo que él te hizo.

—Bueno, ya le di su merecido.

—Hagamos un trato, Stig.

—¿Qué clase de trato?

—Tú no intentes nada, de ahora en adelante, y yo, a cambio, me ocuparé de que Miklos, Ivo y Masao no vuelvan a meterse contigo ni con Anka. Me comprometo, también, a devolver a Saturno, sanos y salvos, a Andrzej y a su hermana, una vez me haya entregado él lo que yo sé.

—Y que no quieres decirme…

—Ya lo sabrás en su momento.

—De acuerdo, acepto el trato.

—Te recompensaré por ello, Stig.

—Cuando dejen de dolerme los riñones.

—Eso —rió Helena.

—Regresemos a la cabina de mandos.

—Sí, volvamos.

CAPITULO VI

CAPITULO VI

Al salir del camarote, Helena Sobkoska miró a Ivo Polleunis, que seguía custodiando el camarote donde él y Masao Aoki guardaran todas las armas que Stig Makela llevaba en su nave.

—¿Masao sigue dormido, Ivo? —le preguntó.

—Supongo que sí, porque todavía no ha salido del cuarto de baño —respondió el flaco, mirando agriamente a Stig.

—Despiértalo, quiero hablar con él. Y contigo y con Miklos, también. Os espero en la cabina de mandos.

—Bien.

—Vamos, Stig —indicó la rubia, cogiéndose del brazo del propietario de la nave.

A Ivo, después de todo lo que había sucedido, desde que Anka Werner intentara escapar, le extrañó mucho aquello, pero no se atrevió a hacer ningún comentario.

Esperó a que Helena y Stig se alejasen, y entonces fue al cuarto de baño y entró en él.

Masao seguía tirado en el suelo, inconsciente.

Ivo se quedó mirándolo con fijeza.

De pronto, sus pupilas emitieron un destello.

¡Ya!

¡Ya se le había presentado la ocasión de cobrarse el doloroso cabezazo que Masao le propinara en el estómago!

¡El oriental estaba inconsciente, no se enteraría de nada de lo que él le hiciera!

Y, aunque se despertase mientras él se vengaba, siempretendría la excusa de que Helena le había ordenado que lo despertara.

Sin dudarlo ni un segundo más, Ivo le dio una patada al cabezón en el estómago.

—¡Despierta, Masao, que la jefa quiere hablarnos!

El oriental siguió dormido.

Ivo volvió a patearle, ahora en las costillas.

Nada.

Masao continuó inmóvil.

Mejor para Ivo, porque así pudo seguir con su venganza.

—¡Vamos, dormilón, abre ya los ojos! —dijo, subiéndose sobre el pecho de Masao, donde empezó a saltar a la comba, aunque sin cuerda.

Como el cabezón siguió «roque», Ivo saltó sobre su cara, pero no con intención de pisársela, porque eso hubiera sido demasiado, sino de pillarle las orejas con sus botas, al caer.

Y se las pilló.

Las dos.

Aquello resultó tan doloroso, que Masao se despertó en el acto, dando un chillido.

Ivo se apresuró a retirar sus pies de los lados de la cara del oriental, quien inmediatamente se llevó las manos a las orejas, que parecían arderle.

—Por fin te despertaste, Masao —dijo Ivo, mirándose las uñas de la mano izquierda.

El cabezón lo masticó con los ojos.

—¿Qué me has hecho en las orejas, desgraciado?

—Nada, darte un par de tirones.

—¡Me queman!

—Mójatelas con agua y se te pasará.

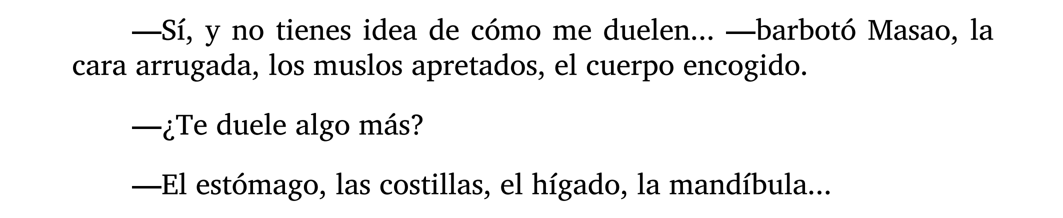
—¡A ti sí que te voy a mojar yo, pero van a ser los...!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo, que fue Stig Makelaquien te dio la paliza, no yo.

Masao, que estaba tratando de incorporarse, emitió un grito ahogado y se llevó las manos a los genitales.

—Maldito sea mil veces... —dijo, con los dientes apretados.

—¿Te golpeó en los «bajos»?



—Sí, y no tienes idea de cómo me duelen... —barbotó Masao, la cara arrugada, los muslos apretados, el cuerpo encogido.

—¿Te duele algo más?

—El estómago, las costillas, el hígado, la mandíbula...

—Hasta el bigote, vamos.

—Tú lo has dicho —rezongó Masao, palpándose el mostacho.

—Ya le daremos su merecido a ese bastardo de Stig, cuando la jefa nos autorice.

—Yo se lo voy a dar ahora mismo, en cuanto salga de aquí.

—No estás en condiciones, Masao. Además, no creo que la jefa te dejara. Stig tiene que pilotar la nave, y no podrá hacerlo si le partes el esqueleto. Pero ya llegará el momento de desquitarnos, no te preocupes.

—Seguro.

—Anda, vamos. La jefa quiere decirnos algo.

Ivo y Masao abandonaron el cuarto de baño, el oriental con las piernas encorvadas, como si de pronto se hubiera vuelto pando, y con unas orejas que parecían dos tomates maduros.

Al igual que le ocurriera a Ivo Polleunis, Miklos Nemeth y Anka Werner también se extrañaron al ver que Stig Makela y Helena Sobkoska regresaban cogidos del brazo, como dos buenos amigos.

—¿Todo bien, Anka? —preguntó Stig, mirando con simpatía a la joven.

—Sí —respondió ella, quedamente.

—La pistola, Miklos —pidió Helena, extendiendo la mano.

El tipo se la entregó.

La rubia la guardó en su bolsa de viaje, dejando perplejo al fornido Miklos. También a Anka le sorprendió que Helena guardara su arma.

—¿Qué significa esto, Helena? —preguntó Miklos.

—¿El qué?

—¿Por qué no apuntas a Stig con tu pistola?

La rubia sonrió.

—Ya no es necesario, Miklos. Stig me ha dado su palabra de que no intentará nada contra nosotros. Nos llevará a Wobo y nos devolverá a Saturno sin causarnos ningún problema. Nosotros, a cambio, tampoco se los crearemos a él y a la chica. Ese es el pacto que hemos hecho.

—¿Y tú te fías de su palabra...?

—¿Por qué no? Stig también se fía de la mía.

—¡Es diferente! Nosotros lo necesitamos a él con vida, porque tiene que pilotar la nave, pero él a nosotros no nos necesita para nada.

—¿De veras le ves cara a Stig de empuñar un arma y liquidarnos a los cuatro?

—Es posible que lo haga, si tiene oportunidad.

Helena Sobkoska se puso seria.

—Basta, Miklos. Yo me fío de Stig, y, como soy la que manda aquí, no quiero hablar más de ello.

En aquel momento aparecieron Ivo y Masao.

—Ya nos tienes aquí, Helena —dijo el flaco.

La rubia miró duramente al oriental.

—¿Por qué atacaste a Stig?

—Me provocó —masculló Masao.

—Miente —dijo Stig.

—Calla —rogó Helena, tocando el brazo del dueño de la nave—. ¿Qué hizo Stig, Masao? —interrogó.

—Bueno, dijo que, ya que tú te habías empeñado en que yo le acompañara al cuarto de baño, podía bajarle la cremallera y sacarle el... Bueno, el eso. Como es lógico, yo me enfurecí y le ataqué.

—Embustero.

—Te juro que es cierto, Helena.

—Yo le creo —dijo Miklos.

—Y yo —dijo Ivo.

—Bueno, basta ya —decidió Helena Sobkoska—. Poco importa que fuera cierto o no. Lo pasado, pasado. Pasado... y olvidado. Stig es ahora un amigo, y como a tal hemos de tratarle.

Ivo y Masao respingaron.

—¿Amigo...? —exclamó el primero.

—¿Ese hijo de perra, amigo nuestro...? —exclamó el segundo.

—Si vuelves a insultarle te doy una bofetada, Masao —advirtió Helena, mirando de nuevo con dureza al oriental.

—Pero...

—Ni pero ni nada. He hecho un trato con Stig, y pienso cumplirlo, porque nos conviene a todos. De ahora en adelante, lo trataréis con el máximo respeto. Y a Anka también. ¿Lo habéis entendido?

Ivo y Masao miraron a Miklos, quien parecía tener ganas de morder a alguien.

—¿Lo habéis entendido? —volvió a preguntar la rubia.

—Sí, Helena —rezongó Ivo.

—¿Tú también, Masao?

—Sí, yo también —masculló el oriental.

—¿Miklos...?

—Se hará lo que tú digas, Helena —respondió el interrogado, de mala gana.

La rubia sonrió, complacida.

—Perfecto, muchachos —dijo, y se sentó en su sillón—. Ivo, Masao, podéis ocupar de nuevo vuestros asientos —indicó.

—Yo prefiero acostarme —rezongó Masao.

Helena se volvió y lo miró.

—¿Sin cenar...?

—Me duele demasiado la mandíbula.

—Yo también me voy a dormir —dijo Ivo.

—Y yo —dijo Miklos.

—Está bien, como queráis.

—Que dos de ellos ocupen el mismo camarote —indicó Stig.

—¿Cuántos hay? —preguntó Helena.

—Cuatro. Tres para los pasajeros, y el mío.

—Muy bien. Ivo y Masao dormirán juntos. Tú, Miklos, ocuparás otro. Anka...

—Anka dormirá en el mío —dijo Stig.

CAPITULO VII

Miklos Nemeth, Ivo Polleunis y Masao Aoki se quedaron mirando fijamente a Stig Makela.

—Y decía que le dolían los riñones... —rezongó el primero.

—¡Miklos! —exclamó Helena Sobkoska, recriminándole con el gesto, al tiempo que Anka Werner enrojecía visiblemente.

—Vamos, muchachos —mascullló Miklos, tomando su bolsa de viaje y caminando hacia la puerta de la cabina de mandos.

Ivo y Masao le imitaron.

Cuando los tres hubieron abandonado la cabina, Helena Sobkoska miró a Stig Makela.

—Sólo tratas de proteger a Anka, ¿verdad?

—Desde luego.

—Me parece bien.

No era cierto.

A la rubia le parecía mal.

Tan mal, que ya estaba pensando en el modo de impedirlo.

Por el momento, sin embargo, no lo halló.

Era difícil, desde luego, porque Stig Makela, sabiendo que Miklos, Ivo y Masao deseaban abusar de Anka Werner, no accedería a dejar sola a la muchacha así como así.

El cerebro de Helena Sobkoska siguió trabajando.

Un par de horas después, y luego de haber ingerido algunos alimentos, Stig puso el piloto automático durante tanto tiempo.

—En absoluto —sonrió Stig.

—Me parece que no voy a dormir tranquila.

—Puedes hacerlo, porque no corremos ningún peligro, te lo aseguro. Y, si surgiera alguno, el computador me avisaría con tiempo suficiente para eliminarlo.

—Supón que de pronto falla algo.

—No fallará nada.

—Me gustaría estar tan segura como tú.

—Helena, hay siete días de viaje hasta Wobo, tengo que dormir...

—Sí, claro.

—Anda, vamos.

—Yo no tengo sueño, me quedo un rato más.

—Como quieras. Vamos, Anka.

Anka Werner se levantó y se dejó llevar por Stig Makela, que la tomó por el codo con suavidad.

Helena Sobkoska los siguió con la mirada hasta que cruzaron la puerta de la cabina de mandos.

Segundos después, Stig abría la puerta de su camarote. —Pasa, Anka.

La joven entró.

Stig entró tras ella y cerró la puerta, echando el cerrojo. Anka lo miró, algo nerviosa.

—¿Por qué cierras por dentro?

—Estaremos más seguros.

—¿Temes algo?

—Helena me ha garantizado que nadie nos molestará, pero...

—No te fíes de esa mujer, Stig. Es mala.

—Ella dice que el malo es tu hermano.

—¿Andrzej...?

—Sí.

—¿Qué te ha contado?

Stig le refirió parte de la conversación que mantuviera con Helena.

Anka sacudió la cabeza.

—No puedo creerlo, Stig.

—¿El qué?

—Que Andrzej esté esperando a Helena para matarla.

—Dentro de siete días lo sabremos.

—¿Te dijo Helena qué es lo que Andrzej fue a buscar a Wobo?

—No.

—¿Qué podrá ser?

—No tengo idea. Pero debe ser muy valioso, no cabe duda.

—Sea lo que sea, Andrzej se lo entregará a Helena, cuando sepa que ella me tiene en su poder, y que está dispuesta a matarme si no le obedece. Y cuando se lo haya entregado…

—A Andrzej y a ti no os pasará nada; Helena me lo ha prometido.

—¿Y quién se fía de las promesas de esa arpía?

—A ella sólo le interesa lo que tu hermano fue a buscar.

—Te repito que es mala, Stig. Goza haciendo sufrir a la gente. Y viendo cómo sufre. Cuando vinieron por mí…

—¿Te hicieron algo, además de abofetearte?

—Sí.

—¿Quieres contármelo?

—Helena me obligó a ponerme este traje delante de sus matones. Yo iba en camisón, cuando ellos llegaron. Quise ponerme el traje encima, pero Helena ordenó que me lo quitara. Me negué a quedar desnuda en presencia de Miklos, Ivo y Masao, que ya me miraban con sucio deseo. Entonces, esa perversa mujer ordenó a Miklos que me quitara el camisón. Y él me lo quitó, dejándome sin nada. Como yo traté de resistirme, Miklos me dio varias bofetadas. Quedé tirada en el suelo, completamente desnuda, sintiendo cómo mi cuerpo era devorado por las asquerosas miradas de los tres tipos. Me apresuré a ponerse el traje, entre sollozos, de dolor y de vergüenza. Miré un instante a Helena. Su hermoso rostro expresaba una infinita satisfacción. Había disfrutado humillándome, y viendo cómo Miklos me golpeaba.

—Le pediré explicaciones por eso.

—No, no quiero que lo hagas. Te lo he contado para que

sepas la clase de mujer que es, y no te dejes embaucar por su belleza y sus falsas palabras.

—No te preocupes, no me dejaré engañar. Hice ese pacto con ella porque nos conviene. Una vez en Wobo, ya veremos qué pasa. Yo tengo la gran ventaja de que Helena me necesita. Soy el único que puede pilotar la nave. Sin mí, jamás saldrían de Wobo. Y yo no los sacaré de allí si Andrzej y tú no nos acompañáis.

Anka Werner sonrió suavemente.

—Gracias, Stig.

El propietario de la nave señaló la litera.

—¿Prefieres dormir arriba o abajo?

—Lo mismo me da.

—Arriba, pues.

—De acuerdo —dijo Anka, y se dispuso a trepar a ella. —Espera un momento.

—¿Has cambiado de idea, Stig?

—No.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Tu traje.

Anka se miró.

—¿Qué le pasa a mi traje?

—¿Piensas dormir con él?

La joven enrojeció ligeramente.

—No puedo quitármelo, Stig. No llevo nada debajo... —No te preocupes por eso, te prestaré mi pijama.

—¿Y cómo dormirás tú?

—En slip.

—Me sabe mal que...

—Duermo muchas veces así, y me siento muy cómodo. —¿De veras?

—Sí.

—Bueno, en ese caso, acepto.

—Te lo doy en seguida.

Stig abrió el armario y sacó su pijama.

—Aquí tienes, Anka.

—Gracias.

—¿Te basta con que me dé la vuelta, o prefieres cubrirme los ojos con un pañuelo, para mayor seguridad?

—¿Piensas mirar por el rabillo del ojo?

—Me gustaría, pero no lo haré.

—Entonces, no será necesario que te los cubra.

—Vale.

Tan pronto como Stig Makela se puso de espaldas a ella, Anka Werner se sacó las botas y se bajó la cremallera del traje, despojándose rápidamente de éste.

Era cierto que no llevaba nada debajo, pero Stig no pudo comprobarlo, porque cumplió su palabra y no volvió la cabeza en ningún momento.

Anka se colocó primero la chaqueta del pijama, y al ver que le llegaba hasta la mitad del muslo, decidió prescindir del pantalón.

—Stig...

—¿Puedo volverme ya?

—Sí.

Stig se dio la vuelta.

Anka le ofreció la pieza inferior del pijama.

—Lo compartiremos como buenos amigos, Stig.

Este, después de echar una mirada a las bonitas piernas de la muchacha, tomó el pantalón y dijo:

—¿De veras no quieres cubrirte por abajo?

—¿Para qué?

—Te recuerdo que vas a dormir en el camarote de un hombre.

—Me fío de ti, Stig.

—Pues en ese aspecto no soy muy de fiar, te lo advierto.

—¿Pretendes asustarme?

—No, es la verdad.

—Bueno, esta noche, al menos, no creo que pase nada. Se te nota en la cara que no estás en condiciones de hacer el amor.

Stig se cogió los riñones.

—Es cierto, no lo estoy. El bastardo de Masao me atizó fuerte con su rodilla.

—¿Te duele mucho, Stig?

—Bastante.

—Quítate el traje, y echaré un vistazo a la zona.

—¿Eres enfermera?

—No, pero es posible que pueda hacer algo por aliviarte.

—Te lo agradecería mucho.

—Vamos, desnúdate.

Stig se quitó el cinto y las botas, y luego se despojó del traje, quedando en slip.

—Dios mío... —exclamó ahogadamente Anka, al descubrir las contusiones que, tanto en el pecho como en la espalda, tenía el dueño de la nave.

La que tenía a la altura de los riñones, especialmente, era espantosa.

—Estoy hecho un asco, ¿eh? —dijo Stig, que ya se estaba poniendo el pantalón del pijama.

—¿Tienes un botiquín a mano?

—Sí, en el armario.

—Deja, yo lo cogeré.

Anka abrió el armario y tornó el botiquín, del cual extrajo un pequeño frasco.

—Esto te aliviará. Tiéndete en la litera, Stig.

Stig Makela se tendió en ella, boca abajo.

Anka se echó en la palma de la mano unas gotas del espeso y oscuro líquido que contenía el frasco, y lo esparció suavemente por la zona afectada.

Stig emitió un leve gemido.

—¿Te hago daño? —preguntó Anka.

—Sigue, no te preocupes.

—Qué sufrido eres.

—Y tú qué delicada.

—Intento hacerte el menos daño posible.

—Lo sé.

Anka acabó de aplicar el medicamento en la espalda masculina e indicó:

—Date la vuelta, Stig.

Este, se puso boca arriba.

Anka le atendió las contusiones del pecho, con el máximo cuidado, y sus ojos se encontraron con los de él en más de una ocasión.

—No tardarás en sentirte mejor, Stig —dijo, al acabar. —¿Has terminado ya?

—Sí.

—Te has olvidado de mi boca.

—¿También te duele?

—Mucho.

—No puedo aplicarte esto en los labios, Stig.

—Pero puedes darme un beso.

Anka Werner se ruborizó levemente.

—¿Te aliviaría eso?

—Será el mejor de los bálsamos.

La joven se inclinó y le besó, tierna y suavemente.

Stig alzó la mano y acarició el cobrizo cabello femenino, lo cual le sirvió de excusa para retener los cálidos labios de Anka unidos a los suyos.

Un par de minutos después, se miraban a los ojos, tiernamente.

—Anka...

—¿Qué?

—Me gustas.

—¿Más que la morena?

—¿Qué morena?

—La que te visitó anoche.

—Oh, te refieres a Svetla... —carraspeó Stig.

—¿Se llama así?

—Sí. Es una de las camareras del hotel Juno; no significa nada para mí.

—¿Es verdad que es puro fuego?

—No, qué va. Lo dije para presumir. Svetla es una antor chita de nada.

—Conque una antorchita de nada, ¿eh?

—Sí, de veras. La puedes apagar de un soplido.

—Me parece que tú tuviste que soplar bastante, y que la tal Svetla es más culpable que Masao de tu dolor de riñones.

Stig tosió.

—Anka, yo te aseguro que... —empezó a decir, pero no pudo acabar la frase, porque en aquel momento llamaron a la puerta del camarote.

Anka Werner se asustó:

—Stig...

—No temas, yo estóy contigo. Tendrían que matarme, para llegar hasta ti, y no les conviene hacerlo. Sube a la litera y hazte la dormida, Anka.

La joven obedeció.

Como lo hizo con rapidez, y sin tomar ningún tipo de precaución —debió tomarla, teniendo en cuenta que no llevaba nada bajo la chaqueta del pijama—, Stig se lo vio todo, lo de delante y lo de detrás, aunque sólo fuera fugazmente.

Stig emitió otra tos, porque la cosa no era para menos.

Cuando se levantó de la litera, Anka ya estaba acostada en la parte de arriba, cubierta hasta la cintura con la sábana, y se hacía perfectamente la dormida.

Stig abrió la puerta del camarote, tranquilizándose no poco al ver que no eran Miklos, Ivo y Masao, sino Helena Sobkoska.

—¿Todo bien, Stig? —le sonrió la rubia.

—Perfectamente —respondió él.

—¿Y Anka...?

—Duerme.

—¿Dormías tú, también?

—No, y la culpa la tiene Masao. El dolor de la espalda me hace difícil conciliar el sueño.

—Cuánto lo siento —dijo Helena, aunque la verdad era que se alegraba, porque mientras Stig tuviese dolor de espalda, no intentaría nada con Anka, que era lo que ella temía.

—Dentro de unos días estaré bien.

—Deseo que sea lo antes posible, ya sabes por qué —sonrió malévolamente la rubia, y le besó en los labios, mordiéndoselos suavemente y deslizándole la lengua por entre ellos.

Stig tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apretujárselo todo y devolverle el beso con ardor, porque la experta Helena le estaba

excitando.

—Hasta mañana, Stig.

—Buenas noches, Helena.

La rubia se metió en su camarote y Stig cerró la puerta del suyo, echando de nuevo el cerrojo.

Anka levantó su cabeza de la almohada y lo miró, con el ceño fruncido.

—¿Por qué desea esa lagartona que se te pase pronto el dolor de riñones?

—Duérmete, Anka. Y esta vez, de verdad —gruñó Stig, porque entre la involuntaria exhibición de Anka, al trepar a la litera, y los hábiles labios de Helena Sobkoska, su virilidad había despertado, y eso le había puesto de mal humor, porque aquella noche no tenía a Svetla a mano, y además le dolían los riñones.

CAPITULO VIII

Wobo, el pequeño y peligroso planeta, no tardaría en aparecer en la pantalla telescópica de la nave, según datos facilitados por el computador.

En los siete días que había durado el viaje, Miklos Nemeth, Ivo Polleunis y Masao Aoki acataron las órdenes de Helena Sobkoska, y no volvieron a molestar para nada a Stig Makela y a Anka Werner.

Quien sí molestó, aunque muy relativamente, al propietario de la nave, fue la sensual rubia.

Y en varias ocasiones.

La primera, a los dos días de viaje, poco después de haber cruzado los límites del Sistema Solar y adentrarse en el sistema Alfa-Centauro.

Con la excusa de que deseaba hablar a solas con Stig, Helena lo llevó a su camarote, y, apenas entrar allí, se colgó de su cuello y le besó en los labios, fogosamente.

Después preguntó:

—¿Cómo va tu espalda, Stig?

—Un poco mejor, gracias —respondió él.

—¿Estás ya en condiciones de...?

—No, todavía no.

—Yo creo que sí.

—Te repito que no. El rodillazo de Masao fue brutal.

—Ignoro la verdadera razón, pero se te han ido por completo las ganas de hacer el amor conmigo.

—No digas tonterías.

—¿Lo haces con Anka?

Stig se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Helena, ceñuda.

—Porque Anka no permitiría que yo le tocase ni el dedo gordo del pie.

—¿Seguro?

—Cree que me he puesto de vuestra parte.

—En cierto modo, así es.

—No, yo soy neutral, Helena, No me interesan en absoluto tus problemas con Andrzej, sólo quiero que él y Anka regresen sanos y salvos a Saturno.

—Te di mi palabra de que así será, ¿no?

—Sí, me la diste. Y espero que la cumplas.

—La cumpliré, no temas.

—Volvamos a la cabina de mandos, Helena.

—Todavía no.

—Helena...

—Vamos a hacer el amor, Stig —dijo muy convencida la rubia, bajándose la cremallera y abriéndose el traje.

Stig Makela posó la mirada en los exuberantes senos femeninos.

Pero sólo eso, la mirada.

Como Helena Sobkoska deseaba que posara otras cosas, le cogió las manos y las guió hasta allí, obligándole a cubrirlos con ellas.

Stig no pudo resistir la tentación de oprimir aquella carne dura, tersa y cálida, que se estremeció al contacto de la piel viril, poniéndose más erectos todavía sus eróticos pezones.

Helena abrió el traje de él y le acarició el pecho a su vez, empujándole al mismo tiempo hacia la litera, donde lo hizo caer.

Apenas un minuto después, Stig estaba completamente desnudo, y tenía encima de él a la fogosa Helena, igualmente desnuda.

—Te dije que me gusta llevar la iniciativa a mí, Helena —recordó Stig.

—Ya la llevarás cuando no te duela la espalda —sonrió ella, lascivamente—. Ahora, déjame hacer a mí.

Stig la dejó hacer... y ella se lo hizo todo, porque experiencia en el campo amoroso tenía de sobra, y audacia tampoco le faltaba.

Más tarde, ya en su camarote, con Anka Werner, Stig Makela preguntó:

—¿Te molestaron Miklos, Ivo y Masao, mientras yo estuve charlando con Helena, Anka?

—No, no se metieron conmigo —respondió ella, seria.

—Bien.

—¿Qué quería la zorra de Helena?

—Saber cómo iban las cosas entre tú y yo.

—Está celosa, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Le gustas, y quisiera ser ella la que compartiera este camarote contigo, por las noches.

—Yo prefiero compartirlo contigo, aunque no obtenga nada de ti. Sólo un beso, hace dos noches.

—Ojalá no te lo hubiera dado.

—¿Por qué dices eso?

—Hicisteis algo más que charlar tú y Helena, ¿verdad?

—No.

—Embustero.

—Anka...

—Por la expresión de los ojos de esa lagarta, adiviné que habíais hecho el amor.

—Todavía no puedo, me siguen doliendo los riñones.

—Te advierto que a mi me da lo mismo, ¿eh?

—¿Que me duelan los riñones?

—Que hagas el amor con Helena.

—Si te da lo mismo, ¿por qué pones esa cara de vinagre?

—La que tengo.

—Bueno, será mejor que no discutamos.

—¿Quién discute?

—Toma, ponte la chaqueta del pijama. ¿Quieres el pantalón, también?

—Ya sabes que no.

—Pues ve con cuidado al trepar a la litera, que hay cosas que un hombre no puede ver sin ponerse nervioso.

Anka enrojeció.

—¿Me has visto algo?

—La primera noche, todo, porque trepaste hallándome yo acostado y mirando para arriba.

—Sinvergüenza.

—¿Por qué me llamas sinvergüenza?

—Por no haber mirado hacia abajo.

—No me dio tiempo de apartar la mirada.

—Esta noche podrás mirar hacia donde te dé la gana, porque voy a ponerme también el pantalón.

Así durmió Anka Werner desde aquella noche, con las dos piezas del pijama puestas, y Stig Makela, en slip.

En los cinco días siguientes, Anka continuó mostrándose arisca con Stig, porque éste volvió a ser llevado por Helena al camarote de ella, para «hablar» a solas.

Anka sabía muy bien qué clase de «conversación» mantenían Helena y Stig, y eso la ponía realmente furiosa, aunque ella se esforzara por disimularlo.

También Miklos, Ivo y Masao sospechaban que su jefa y el propietario de la nave hacían el amor todos los días, y les daba tanta rabia como a Anka, porque ellos no tenían con quién satisfacer sus apetitos sexuales.

Podrían haber gozado de Anka Werner, pero como Helena Sobkoska les había prohibido tocar a la muchacha…

Así las cosas, llegaron a Wobo.

El planeta ya podía verse en la pantalla telescópica.

Era de color verde oscuro, aunque se veían algunas zonas azules y rojizas. Si predominaba el color verde oscuro, era porque la vegetación, en Wobo, era abundante y muy espesa. Las zonas azules eran, sin duda, mares, y las rojizas, montañas, con sus volcanes entrando en erupción con peligrosa frecuencia.

La atmósfera de Wobo era perfectamente respirable, y su temperatura, más bien calurosa: unos 30 °C.

Stig Makela ya estaba reduciendo la velocidad de la nave, realmente fantástica en aquellos momentos.

Poco después, Wobo podía verse perfectamente a través del mirador de la cabina de mandos, aunque con mucho mayor detalle, lógicamente, a través de la pantalla telescópica.

Los cohetes de frenado siguieron cumpliendo su función, y cuando la nave empezó a girar en torno al pequeño planeta, su velocidad era la ideal.

Stig Makela hizo descender la nave cada vez más, hasta sobrevolar el planeta tan bajo, que podrían descubrir la nave de

Andrzej Werner, si es que se hallaba posada en un lugar visible desde el aire.

Y, como efectivamente lo estaba, la descubrieron.

CAPITULO IX

—¡Allí está la nave de Andrzej! —exclamó Helena Sobkoska, apuntándola con el brazo.

—Nos acercaremos a ella —dijo Stig Makela, disponiéndose a realizar la oportuna maniobra.

—¡No, Stig! —gritó la rubia—. Puede ser peligroso. Ya te expliqué que Andrzej me está esperando en Wobo para matarme.

—¡Eso es falso! —exclamó Anka Werner.

Helena la miró severamente.

—Tú a callar, Anka.

—Andrzej es incapaz de matar a nadie.

—Porque yo no le daré oportunidad. Stig, mantén la nave a prudente distancia de la de Andrzej, y trata de establecer comunicación con ella —indicó la rubia—. Cuanto antes sepa que tenemos a su querida hermanita a bordo, más seguros estaremos.

Stig Makela hizo que su nave sobrevolara la zona, en amplio círculo y a poca velocidad. Entonces, conectó la pequeña pantalla de comunicaciones que tenía frente a él y habló:

—Atención. Atención. Nave de Stig Makela llamando a nave de

Andrzej Werner. Nave de Stig Makela llamando a nave de Andrzej Werner. Responde, Andrzej.

En la pantalla no apareció imagen alguna.

Helena Soboska dejó oír su voz:

—Andrzej, soy Helena. He venido por lo que tú sabes. No intentes nada contra nuestra nave, porque en ella viajaAnka, tu dulce hermanita. Para que no creas que se trata de una argucia, le diré que te hable. Acércate, Anka, y dile algo a tu hermano.

Anka Werner, tras una breve vacilación, se desabrochó el cinturón de seguridad y se aproximó a la pantalla.

—¿Andrzej...? Soy yo, Anka. Es cierto que estoy a bordo. Helena y sus matones me secuestraron.

—Es suficiente, mona. Vuelve a tu sitio —indicó Helena.

La joven obedeció.

—¿Te has convencido, Andrzej? —habló de nuevo la rubia—. Tenemos a Anka, y la mataremos si no nos entregas lo que tienes. Oye bien lo que voy a decirte. Vamos a tomar tierra, no lejos de tu nave. Sé que estás en ella, aunque no respondas a nuestra llamada. Tienes treinta minutos para salir de tu nave y venir a la nuestra, con lo que ya sabes. Si transcurrido ese tiempo, no te has dejado ver, ordenaré a mis hombres que empiecen a «trabajar» a tu hermana. Oirás claramente sus gritos de dolor.

Stig Makela volvió ligeramente la cabeza y miró a Anka Werner, que había palidecido y temblaba perceptiblemente.

Ella le miró a su vez, suplicante.

Helena Sobkoska cortó la comunicación y ordenó:

—Busca un sitio para aterrizar, Stig.

Algunos minutos después, la nave de Stig Makela se posaba en un claro de aquella tupida selva, a unos quinientos metros del lugar donde se hallaba la nave de Andrzej Werner, posada en otro claro.

—Bien. Ahora, a esperar tocan —dijo Helena Sobkoska, encendiendo un cigarrillo.

Stig la miró.

—No es cierto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que vayáis a maltratar a Anka, si Andrzej no obedece.

Helena rió.

—Por supuesto que no. En primer lugar, porque es posible que Andrzej no esté en su nave, en este momento, y no se haya enterado de que nada de lo que le he dicho. Aunque yo creó que sí, ¿eh? Si está, vendrá antes de que se agote el tiempo.

—¿Y si no es así...?

—Le pediré a Anka que grite un poco, como si realmente la estuvieran maltratando. Puede dar resultado. Si Anka lo hace bien, claro. De lo contrario, no tendríamos más remedio que hacerle un poco de daño.

—Eso no es lo acordado, Helena.

La rubia sonrió.

—Tranquilízate, Stig. Ya verás como no hay necesidad de llegar a eso. Andrzej aparecerá antes. Y, si no es así, Anka gritará con autenticidad, estoy segura, para evitar que le hagamos daño de verdad. ¿No es cierto, preciosa...? —miró a la joven.

Anka no respondió, pero le dijo muchas cosas a Helena Sobkoska con los ojos, y ninguna de ellas agradables de oír.

La rubia se desentendió de ella y siguió fumando tranquilamente.

Stig también encendió un cigarrillo, y luego ofreció la cajetilla a Anka.

—¿Quieres?

—No —respondió ella.

—Yo sí —dijo Miklos, sentado al lado de la muchacha.

—Fuma de los tuyos —repuso Stig, retirando la cajetilla con rapidez.

El rostro de Miklos, que ya había alargado la mano hacia los cigarrillos, se congestionó.

—Bastardo... —rezongó.

—Sujeta la lengua, cara de viga, o haré que te la muerdas de un castañazo —amenazó Stig.

El rostro de Miklos se congestionó más, y por un instante pareció que iba a agredir al propietario de la nave.

Helana Sobkoska, dándose cuenta de ello, intervino:

—Tranquilo, Miklos.

—Me ha llamado cara de viga —masculló el tipo.

—Olvídalo.

—Si vuelve a insultarme, le sacudiré.

—Mejor será que no lo intentes, porque él te sacudiría a ¿O es que ya no te acuerdas de lo que pasó la otra vez? Miklos no replicó, porque se acordaba perfectamente.

El último minuto de los treinta de plazo dados por Helena Sobkoska a Andrzej Werner estaba a punto de transcurrir también, y el hermano de Anka no daba señales de vida.

La rubia conectó la pantalla de comunicaciones y habló:

—Pensaba que le tenías un mayor cariño a tu hermana, Andrzej. ¿No te importa que sufra y que se retuerza de dolor? ¿O tal vez piensas que no soy capaz de ordenar a mis hombres que la torturen? En seguida vas a convencerte de que estoy dispuesta a todo con tal de conseguir lo que tú encontraste en Wobo. Miklos, empieza a «acariciar» a la chica.

El fornido Miklos alargó sus zarpas hacia los senos de la muchacha, con siniestra expresión.

Anka chilló, mucho antes de que él la tocara.

Stig Makela se hallaba presto a intervenir, si veía que el matón tocaba a Anka Werner, pero eso, por el momento, no sucedió.

Miklos sólo trataba de atemorizar a la joven, para hacerla gritar.

—¿Has oído eso, Andrzej…? —siguió hablando Helena Sobkoska —. Pues no es más que el principio. Si continúas mudo, tu hermana lo va a pasar mal, muy mal.

Como no hubo respuesta alguna por parte de Andrzej Werner, la

rubia indicó:

—Sigue, Miklos.

El matón alargó de nuevo sus manos hacia el cuerpo de Anka Werner, y la joven volvió a chillar, porque sabía que si no lo hacía, las zarpas de Miklos aprisionarían sus pechos.

El «juego» se prolongó por espacio de varios minutos.

Miklos amenazaba y Anka chillaba, sin dar tiempo a que el matón la rozara siquiera.

Pero, como aquello no daba ningún resultado, Helena Sobkoska apagó la pantalla y gruñó:

—Empiezo a creer que Andrzej no está en su nave.

—Seguro que no —dijo Stig Makela—. No permitiría que maltratasen a su hermana.

—O le importa un rábano que sufra.

—¡Eso no es cierto! —gritó Anka Werner.

—No tardaremos en salir de dudas. Ivo, Masao —llamó la rubia.

—¿Sí, Helena...? —respondió el flaco.

—Coged vuestras armas y acercaos a la nave de Andrzej.

Ivo y Masao cambiaron una mirada, preocupados.

—No temáis, aunque Andrzej se halle en su nave, no intentará nada contra vosotros. Mataríamos a su hermana, y él lo sabe. Que no le importe que la maltratemos un poco, pase, pero no permitirá que ella muera.

—Supon que, pese a todo, nos ataca... ¿Nos defendemos? —preguntó Masao.

—Naturalmente —asintió Helena—. Pero no olvidéis que lo quiero vivo. Puede que tenga en su nave lo que vino a buscar a Wobo, pero también es posible que lo tenga oculto en otro sitio, y entonces no lo encontraríamos jamás. Además, le prometí a Stig que no mataríamos a Andrzej, y yo nunca falto a mis promesas.

Ivo Polleunis y Masao Aoki descendieron de la nave, armados con subfusiles de rayos láser. Al cinto, portaban sendas pistolas de rayos

paralizantes.

Echaron a andar en dirección al claro donde se hallaba posada la nave de Andrzej Werner.

Caminaban despacio.

Los subfusiles firmemente empuñados.

Como si sospecharan que algún peligro les acechaba.

Y así era.

No iban a tardar en comprobarlo.

Sucedió poco después de haber salido del claro donde se posara la nave de Stig Makela, y cuando tan sólo se habían adentrado unos cincuenta metros en la espesa vegetación.

Masao pisó una planta.

Más le hubiera valido pisar una serpiente, porque aquella planta era aún más peligrosa. Se trataba de una planta carnívora, de las muchas que había en Wobo, y entró en acción apenas el oriental le puso la bota encima.

Masao Aoki cayó de bruces, al quedar su pie derecho atrapado por la planta, como atado a ella con una sólida cuerda.

Y no fue sólo el pie lo que le atrapó la planta carnívora, sino casi todo el cuerpo, apenas caer el cabezón al suelo.

—¡Ivo…! —chilló Masao, aterrado.

Ivo Polleunis, que iba delante, y no se había percatado de la caída de su compañero, al quedar amortiguado el impacto por la hierba que cubría el suelo, se volvió al oírlo gritar.

—¡Masao! —exclamó, sintiendo que se le erizaba la piel, al ver al oriental aprisionado por la planta.

—¡Ayúdame, Ivo…! ¡Es una planta carnívora, quiere devorarme!

El flaco disparó sobre la planta, abrasándola con el láser.

La planta carnívora soltó al instante su presa y se recogió, hasta quedar hecha una bola.

Una bola que agonizaba.

Que se moría...

Pero, por desgracia para la pareja de matones, no era la única planta carnívora que había en aquel lugar, y antes de que Masao Aoki pudiera ponerse eh pie, las alargadas hojas de otras dos plantas cayeron pronto sobre él, inmovilizándole brazos y piernas.

—¡Socorro, Ivo...! —chilló, luchando inútilmente por soltarse de ellas.

Ivo Polleunis se dispuso a dar buena cuenta de las malditas plantas, pero en el instante en que iba a accionar el gatillo de su subfusil de rayos láser, notó que alguien le agarraba la pierna izquierda.

El pánico se apoderó del flaco, cuando se volvió y descubrió que él también estaba siendo atacado por las plantas carnívoras.

Disparó rápidamente sobre ella y la abrasó, recobrando la libertad de su remo izquierdo, pero no se sintió mejor por ello.

¡Casi todas las plantas que tenía a su alrededor se movían!

¡Eran carnívoras!

¡Si no salía velozmente de allí, le atraparían, como a Masao!

Ivo miró un instante a su compañero.

El oriental había sido atacado por otras plantas próximas, y su cuerpo casi había desaparecido bajó las múltiples hojas de las mismas.

Masao chillaba como si se hubiera vuelto loco.

Y poco le faltaba, ésa es la verdad, porque las hojas que cercaban su rostro y su cuello ya estaban «comiendo», y era como si le estuviesen arrancando la piel a tiras.

Ivo Polleunis, horrorizado, se olvidó de su compañero y trató de ponerse a salvo.

Empezó a disparar alocadamente sobre las plantas que se acercaban a él, amenazadoras, y cuando creyó que tenía el paso libre, echó a correr.

Pocos metros recorrió, sin embargo, porque las plantas carnívoras que poblaban el lugar no estaban dispuestas a que la presa se escapara.

Una de ellas consiguió atrapar el pie zurdo de Ivo, y éste se precipitó de bruces contra el suelo, como le ocurriera a Masao.

El flaco ya no pudo levantarse, porque todo su cuerpo se

vio rodeado de hojas hambrientas, que empezaron a saciar su apetito.

Ivo Polleunis chilló angustiosamente, ahogando con sus gritos los desgarradores aullidos que lanzaba Masao Aoki.

Pocos minutos después, los estremecedores chillidos de uno y otro cesaban.

Ivo y Masao estaban muertos.

Y habían sufrido una de las peores muertes.

CAPITULO X

Helena Sobkoska estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Ivo y Masao ya deben estar en la nave de Andrzej —rezongó, estrujando el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—¿Por qué no llaman, entonces? —observó Miklos Nemeth.

—No lo sé.

—Llámalos tú, Helena.

—Sí, eso voy a hacer.

La rubia conectó la pantalla y trató de establecer comunicación con la nave de Andrzej Werner, pero nadie le respondió.

—Esto no me gusta nada, Helena —mascculló Miklos.

—Tampoco a mí. Ivo y Masao tienen que haber alcanzado forzosamente la nave de Andrzej. ¿Por qué no contestan, pues?

—Se habrán dejado sorprender por Andrzej.

—Mi hermano no está en su nave —dijo Anka Werner.

—Yo opino como Anka —habló Stig Makela.

—¿Qué diablos les ha pasado a Ivo y Masao, pues? —gruñó Helena Sobkoska.

—Aún no habrán alcanzado la nave —opinó Stig.

—No es posible, sólo tenían que recorrer quinientos metros.

—De selva… Y la selva de Wobo es muy peligrosa.

—Ivo y Masao iban bien armados, ya lo viste.

—En ocasiones, sirve de muy poco ir armado. Contra lasplantas carnívoras, por ejemplo, no sirve de nada, si te ves rodeado de pronto por ellas. Es imposible destruirlas a todas. Sus tallos se mueven silenciosos y con rapidez, como tentáculos de pulpa, y caen sobre ti, impidiéndote desenvolverte. Y cuando sus hojas tocan tu carne y empiezan a «comer», te vuelves loco de dolor y de deseperación…

Las palabras de Stig Makela impresionaron hondamente a Helena Sobkoska, Miklos Nemeth y Anka Werner.

—¿Crees…, crees que a Ivo y a Masao puede haberles sucedido eso, Stig? —musitó la rubia.

—Espero que no. Pero te repito que la selva de Wobo es muy peligrosa, Helena. No sólo existe la amenaza de las plantas carnívoras, sino de las arenas movedizas. Contra ellas, tampoco sirven de nada las armas. Con éstas sólo te puedes defender de las bestias salvajes. Si las descubres a tiempo, claro.

Miklos soltó un gruñido.

—No hagas caso, Helena. Stig quiere atemorizarnos.

—Te aseguro que no, bocazas —replicó Stig.

El matón saltó de su asiento.

—¡Te voy a…!

—¿A qué? —repuso tranquilamente Stig, porque sabía que Helena no iba a permitir que Miklos le atacara.

Así fue.

—¡Siéntate, Miklos! —ordenó la rubia, con autoridad.

—¡Me ha llamado bocazas!

—¡Lo eres!

—¡Helena...!

—¡A callar, estúpido!

Miklos Nemeth, pese a que estaba a punto de estallar de cólera, volvió a sentarse y ya no dijo ni pío.

Helena Sobkoska masculló:

—¿Qué ganaría Stig con atemorizarnos, vamos a ver?

—Ponernos nerviosos —gruñó Miklos.

—Ya lo estamos, y no por su culpa, sino porque Ivo y Masao no dan señales de vida.

—Yo sigo pensando que Andrzej los sorprendió.

—Es posible que tengas razón, Miklos. Pero ¿cómo comprobarlo?

—Yendo a la nave de Andrzej. Con Anka. Llevándola a ella como escudo protector, su hermano no intentará nada contra nosotros.

—La idea no es mala, pero...

—¿Pero?

Helena Sobkoska se mordió los labios nerviosamente. —Me asusta salir de la nave, Miklos.

—Por lo que dijo Stig, ¿eh?

—Sí.

—A lo mejor era eso lo que pretendía.

—Te estás buscando un puñetazo en las narices, Miklos —advirtió Stig.

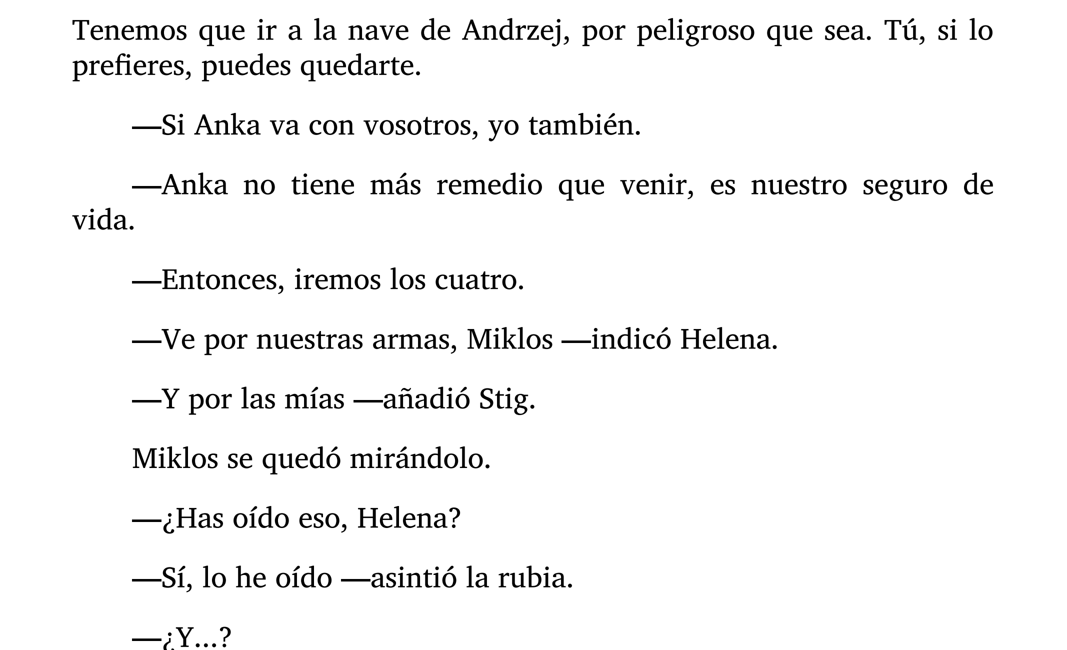
—Por favor, Stig, no empecemos otra vez —rogó Helena. Hubo un silencio.

Largo.

Tenso.

Helena Sobkoska miró al propietario de la nave.

—No podemos seguir así, Stig, con esta terrible incertidumbre.



Tenemos que ir a la nave de Andrzej, por peligroso que sea. Tú, si lo prefieres, puedes quedarte.

—Si Anka va con vosotros, yo también.

—Anka no tiene más remedio que venir, es nuestro seguro de vida.

—Entonces, iremos los cuatro.

—Ve por nuestras armas, Miklos —indicó Helena.

—Y por las mías —añadió Stig.

Miklos se quedó mirándolo.

—¿Has oído eso, Helena?

—Sí, lo he oído —asintió la rubia.

—¿Y...?

—Dáselas, Miklos. Stig no puede salir de la nave sin armas, tal vez precise hacer uso de ellas.

—¿Cómo sabes que no las utilizará contra nosotros? —Tengo su palabra.

—Eso es muy poco.

—A mí me basta. Haz lo que te he dicho, Miklos.

—Tú mandas, Helena —gruñó el matón, y salió de la cabina de mandos.

Escasos minutos después, estaba de vuelta con sus armas, las de Helena Sobkoska, y las de Stig Makela, incorporándose de un salto.

Helena Sobkoska se apresuró a interponerse entre los dos hombres, para evitar su enfrentamiento.

—¡Quietos! —ordenó.

—¡Aparta, Helena! —gritó Stig.

—¡No es momento para peleas absurdas, Stig!

—¡Fue Miklos quien empezó!

—¡Te empujó porque vio que ibas a entregar tu pistola a Anka!

—¿Y no puedo hacerlo?

—¡No!

—¿Por qué?

—;La utilizaría contra nosotros!

—¡No digas tonterías!

—¡Es la hermana de Andrzej, Stig! ¿Has olvidado eso?

—¡No, no lo he olvidado! ¡Como tampoco he olvidado las bofetadas que le dio Miklos, cuando fuisteis por ella! ¡Ni que tú le ordenaste que se quitara el camisón, en presencia de tus matones, y como Anka se negó, Miklos se lo arrancó, dejándola completamente desnuda!

—¡Eso no es cierto! —negó la rubia.

—¡Sí que lo es! —gritó Anka Werner.

—¡Mientes, maldita! ¡Cuando te ordené que te quitaras el camisón, Miklos, Ivo y Masao no estaban presentes!

—¡Claro que lo estaban!

—¡Le contaste eso a Stig para enfrentarlo conmigo, zorra!

—¡La única zorra que hay aquí, eres tú!

—¡Te voy a sacar los ojos! —rugió Helena Sobkoska.

No llegó a intentarlo, porque Stig Makela la detuvo.

—¡Calma, Helena!

—¡Déjame, Stig! ¡Voy a hacer que esta niñata estúpida se trague sus embustes!

—¡No es momento para peleas, Helena! —recordó Stig, repitiendo las mismas palabras que la rubia pronunciara poco antes, cuando él quería zurrarle a Miklos.

Helena Sobkoska contuvo su furia.

—Sí, tienes razón, Stig. Pero olvida lo de entregarle tu pistola a Anka. De ti, me fío, pero de ella, no.

—De acuerdo, no se la daré.

—Bien. Podemos irnos, Stig.

—Todavía no, Helena.

—¿Por qué?

—A bordo tengo algo que tal vez mantenga alejadas de nosotros a las plantas carnívoras, caso de nos veamos atacados por ella. Se trata de un producto químico, cuya finalidad no es ésa, naturalmente; pero creo que puede servir.

—Nada se pierde con intentarlo.

—Eso mismo pienso yo. Voy por él.

—Iré contigo, Stig —dijo Anka Werner, que no quería quedarse a solas con Helena y Miklos, después de lo sucedido.

—Lo tengo en el compartimento de carga. Vamos.

Stig y Anka salieron de la cabina de mandos.

—Gracias por ayudarme, Stig —dijo la joven.

—De nada.

—No habrás creído a esa mala pécora, ¿verdad?

—¿Te refiere a lo del camisón?

—Sí. Te juro que Miklos me lo quitó, Stig, entre bofetada y bofetada.

—Te creo.

—Gracias.

Llegaron al compartimento de carga.

Stig Makela tomó el aparato pulverizador que contenía el producto químico mencionado por él.

—¿Vamos a rociarnos con eso, Stig? —preguntó Anka Werner.

—Sí. Ya puedes quitarte el traje.

La joven dio un cómico respingo.

—¿Cómo has dicho...?

—Que te quites el traje, Anka. Cuando te haya rociado el cuerpo

con esto, me quitaré yo el mió y me rociarás tú a mí.

Anka Werner enrojeció.

—¿Yo a ti...?

—Sí.

—¿Desnudo...?

—Completamente.

Anka sacudió la cabeza.

—Me niego a hacer tal cosa.

—¿Prefieres que me devoren las plantas carnívoras? —preguntó Stig.

—Que te rocíe Helena. Ella está acostumbrada a verte desnudo, y no se ruborizará cuando tenga que echarte el producto químico en... Bueno, donde tú sabes.

Stig rió.

—Qué chica tan tímida.

—Ni tímida ni cuernos.

—Bueno. ¿Te desnudas o no?

Anka. se mordisqueó los labios.

—¿De veras es necesario, Stig?

—Si no quieres que se te zampen las plantas carnívoras, sí.

La joven se estremeció visiblemente.

—No hables así, por favor, que me pones los pelos de punta.

—Lo siento —se disculpó Stig—. Sólo trato de hacerte ver que...

—Tú sí que vas a ver cosas, granuja —rezongó Anka, y se bajó la cremallera.

Justo cuando iba a abrirse el traje, para poder bajárselo, Stig Makela carraspeó y dijo:

—Súbete la cremallera, Anka.

—¿Qué?

—Todo ha sido una broma. El producto químico se tiene que rociar por encima del traje, o no haría ningún efecto. A menos que saliéramos en cueros de la nave, claro.

El rostro de Anka Werner se llenó de ira.

—¡Eres un maldito hijo de...!

—¡Eh!, que te lo he confesado antes de que dejaras al

descubierto tus pechos.

—¡Si llegas a decírmelo después, me convierto en planta

carnívora y te devoro!

—Vamos, súbete la cremallera, que voy a empezar a

rociarte.

Anka se la subió de golpe, porque estaba que se la llevaban los demonios.

Stig, conteniendo a duras penas la risa, accionó el pulverizador y el producto químico fue cubriendo el traje de la muchacha.

CAPITULO XI

Totalmente rociados por el producto químico, Stig Makela, Anka Werner, Helena Sobkoska y Miklos Nemeth descendieron de la nave y se adentraron en la peligrosa selva de Wobo, camino de la nave de Andrzej Werner.

Stig abría la marcha, seguido de Anka y Helena, y Miklos cerraba la fila.

AI igual que les ocurriera a Ivo Polleunis y Masao Aoki, en los primeros cien metros de recorrido no tuvieron problemas de ningún tipo.

Al llegar a aquel punto, la sangre se les heló a los cuatro en las venas, al descubrir los cadáveres de Ivo y Masao, atrapados todavía por las plantas carnívoras.

De ellos sólo quedaban los esqueletos, y poco más, porque todo lo demás había sido devorado por las insaciables plantas.

El tallo de una de ellas serpenteó silenciosamente hacia la bota derecha de Stig Makela, con intención de enroscarse a ella y atrapar a la nueva víctima.

Stig se dio cuenta de ello, pero no disparó su fusil de rayos láser. Quería saber si el producto químico ahuyentaba a las plantas carnívoras o no.

Y no tardó en saberlo.

Apenas rozar su bota, rociada del producto químico, como todo lo demás, las hojas de la planta carnívora se arrugaron y su tallo se replegó, como la molla de un caracol cuando toca la sal.

Aquella planta no volvió a acercarse a Stig Makela, pero sí otras, lo mismo que a Anka, Helena y Miklos.

Anka se agarró a Stig, aterrorizada, mientras Helena y Miklos se disponían a utilizar sus subfusiles de rayos láser.

Stig dejó oír su voz:

—No disparéis. El producto químico las repele, no nos harán nada.

Anka, Helena y Miklos se convencieron muy pronto de que Stig estaba en lo cierto, y eso les tranquilizó bastante, aunque el terror seguía metido en el cuerpo de los tres.

—Seguidme —indicó Stig, reanudando la marcha.

Pasaron junto a los esqueletos de Ivo y Masao, cubiertos de hojas y de tallos que se movían en todas direcciones.

El espectáculo era tan horrendo, que Anka y Helena tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no vomitar, pues les asaltaron unas náuseas terribles.

Siempre cercados por las plantas carnívoras, pero sin verse atacados, por ellas, recorrieron otro centenar de metros.

De pronto, al pasar por debajo de un árbol, una gigantesca serpiente, que ninguno de los cuatro descubrió a tiempo, por tener su piel el mismo color que las ramas del árbol, se descolgó y cayó sobre Helena Sobkoska, enroscándose a su cuerpo con asombrosa rapidez.

La rubia lanzó un chirrido de horror.

—¡Sig...! —llamó desesperadamente, al tiempo que se desplomaba, porque la serpiente pesaba lo suyo, y entre eso, y el terror que sentía, las piernas de Helena se doblaron corno si fueran de mantequilla.

Stig Makela y Anka Werner se volvieron en el acto, descubriendo la angustiosa situación de Helena Sobkoska, a quien Miklos Nemeth deseaba ayudar, pero no se atrevía a disparar contra la serpiente, por temor a alcanzar también a la,rubia con el rayo láser.

Stig Makela sí se atrevió.

Tenía que arriesgarse, o Helena Sobkoska moriría asfixiada bajo la terrible presión que la serpiente ejercía sobre ella, aparte de que el horroroso animal ya se disponía a morderla en el cuello.

Stig apuntó a la cabezota del bicho y apretó el gatillo de su fusil de rayos láser.

Le salió un disparo limpio.

Perfecto.

La cabeza de la serpiente se convirtió en una masa de carne abrasada, que despedía humo, y el animalote murió en el acto.

Stig se apresuró a quitárselo de encima a la aterrada Helena, a la cual ayudó a ponerse en pie.

Ella, temblando como si se hallara en cueros, a una temperatura

de diez grados bajo cero, se abrazó a él.

—¡Ha sido horrible, Stig!

Stig Makela le dio unas palmaditas en la espalda.

Le hubiera gustado dárselas un poco más abajo, pero como no estaban solos…

—Tranquilízate, Helena. El mal trago ya pasó.

—Te debo la vida, Stig.

—Olvídalo.

—No, nunca lo olvidaré. Como tampoco que Miklos no movió un solo dedo por mí —la rubia miró duramente al matón.

Este carraspeó nerviosamente.

—No me atrevía a disparar sobre la serpiente, por temor a alcanzarte también a ti, Helena —explicó.

—Stig sí disparó, y sólo le dio a la serpiente.

Miklos no replicó.

—Bueno, no discutamos por eso —dijo Stig—. Cuanto antes alcancemos la nave de Andrzej, mejor. No sé cuánto tiempo durarán los efectos del producto químico.

Se pusieron los cuatro de nuevo en movimiento, cuando ya la serpiente estaba siendo rodeada por los tallos y las hojas de las plantas carnívoras, que se disponían a zampárselacon voraz apetito.

Stig, Anka, Helena y Miklos, en cambio, continuaron siendo respetados por las plantas carnívoras, gracias al producto químico que cubría sus trajes y sus botas.

Unos cincuenta metros después, se tropezaban con otra serpiente, de gran tamaño también, pero ésta fue descubierta por Stig Makela antes de ser atacados por ella.

Stig le disparó con su fusil de rayos láser y le abrasó la cabeza, haciendo que el reptil cayese del árbol como una fruta madura.

Más comida para las plantas carnívoras; que cayeron rápidamente sobre la serpiente inmóvil.

El resto del camino lo recorrieron sin tener que hacer frente a

nuevos peligros.

El peligro mayor, sin embargo, les esperaba allí, al final del camino, en el claro donde se hallaba posada la nave de Andrzej Werner.

Stig, Anka, Helena y Miklos no lo descubrieron a tiempo, porque se trataba de un peligro invisible.

Lo que sí era visible, en cambio, era el colosal diamante que descansaba en el suelo, muy cerca de la nave de Andrzej.

Tenía el tamaño de un coco, y brillaba tan poderosamente que sus destellos cegaban.

Stig, Anka, Helena y Miklos se quedaron clavados, y contemplaron el gigantesco diamante.

El mayor, sin duda, de todo el universo.

El más hermoso.

El más puro.

El más valioso...

Durante bastantes segundos, ninguno de los cuatro habló ni se movió. Parecía como si el fabuloso diamante los hubiera hipnotizado con sus cegadores destellos.

No era así, claro.

Lo que les tenía paralizados y sin habla era la sorpresa.

Miklos Nemeth fue el primero en reaccionar.

Y eso le costó muy caro.

Debió quedarse donde estaba, en lugar de correr hacia el fantástico diamante, porque, frente a éste, acechaba el peligro invisible.

Cuando Miklos lo descubrió, ya era tarde.

El suelo había cedido bajo sus pies, y el matón se hundió hasta la cintura en sólo unos segundos.

Miklos Nemeth dio un chillido de terror.

—¡Arenas movedizas...! ¡Socorro, sacadme de aquí! ¡Stig,

ayúdame!

CAPITULO XII

Stig Makela reaccionó, pero con serenidad, consciente de que, si lo hacía alocadamente, pbdía ocurrirle lo que a Miklos Nemeth.

—Anka, Helena, no os mováis de aquí —ordenó, avanzando ya hacia Miklos.

Con precaución.

Tanteando el terreno antes de descansar el pie.

Ello le permitió descubrir la línea donde empezaban las arenas movedizas.

Desgraciadamente, Miklos, en su carrera, se había metido casi dos metros en ellas, y Stig no podía alcanzar la mano del matón, hundido ya hasta la mitad del pecho en las arenas movedizas.

Stig alargó su fusil de rayos láser.

—¡Agárrate al fusil, Miklos!

El matón, con el rostro desencajado de horror, estiró el brazo todo lo que pudo, logrando agarrar con sus dedos el extremo del cañón.

—¡Lo tengo, Stig!

—¡Agárrate fuerte, Miklos! ¡Voy a tirar de él!

—¡De prisa, Stig!

Stig Makela tiró de su fusil, con cuidado.

Temía que Miklos no pudiera retener el extremo del cañón entre sus dedos, trémulos de pánico.

Y sus temores, por desgracia, se confirmaron.

—¡Stig...! —chilló Miklos, después de que el cañón del arma hubiera escapado de entre sus dedos.

—¡Tranquilo, Miklos! ¡Lo intentaremos otra vez!

Pero Miklos Nemeth no podía estar tranquilo.

Nadie puede estar tranquilo, hallándose metido casi hasta el cuello en unas arenas movedizas.

Stig Makela volvió a alargar su fusil al matón, y éste agarró de nuevo el extremo del cañón, pero el intento volvió a fallar.

—¡Esto no sirve, Stig...! ¡Voy a morir...! —aulló Miklos, los ojos tan abiertos que parecía que iban a salirle de las cuencas de un momento a otro.

—¡Tengo una idea, Miklos! —exclamó Stig, desabrochándose velozmente el cinto.

Ató con él su fusil y lanzó éste a Miklos.

—¡Agárralo con las dos manos, que ahora lo tienes más cerca! —gritó.

Miklos aferró el arma con sus diez dedos.

—¡Tira, Stig, por Dios! —chilló, porque estaba ya hundido hasta el cuello.

Stig Makela empezó a tirar del cinto, cada vez con mayor fuerza.

Miklos Nemeth no soltó el fusil esta vez, consciente de que aquélla era su última oportunidad. Si el arma escapaba de sus manos, se hundiría totalmente en las arenas movedizas, pues no quedaría tiempo para más intentos.

Todos los músculos de Stig Makela se hallaban en tensión, trabajando a tope por salvar la vida de un tipo que tal vez no se lo merecía, pero Stig no pensaba en eso en aquel momento.

Poco a poco, Miklos Nemeth fue emergiendo de las arenas movedizas.

—¡Bravo, Stig, bravo! —gritó Helena Sobkoska, aplaudiendo de alegría.

También Anka Werner se alegraba de que Stig estuviera salvando a Miklos, pese a las duras bofetadas que ella habíarecibido del matón, y que éste la hubiera dejado desnuda, por orden de su jefa.

Pendientes las dos de la salvación de Miklos, no advirtieron que

la puerta de la nave de Andrzej se abría silenciosamente.

Tampoco Stig se percató de ello.

Un tipo joven apareció en la puerta de la nave.

Alto, rubio, atlético, no mal parecido…

Vestía un traje color naranja, muy brillante, y empuñaba un fusil de rayos láser.

El tipo hizo funcionar su arma.

Stig Makela cayó de espaldas al ser cortado limpiamente su cinto por el rayo láser.

Miklos Nemeth chilló, porque de nuevo empezó a hundirse en las arenas movedizas, con dramática rapidez.

Helena Sobkoska y Anka Werner miraron hacia la puerta de la nave.

—¡Andrzej…! —exclamó la primera.

—¡Hermano…! —exclamó la segunda.

CAPITULO XIII

Sí,

El apuesto rubio que había cortado el cinto de Stig Makela, para impedir la salvación de Miklos Nemeth, era Andrzej Werner, el hermano de Anka.

—Arroja tu subfusil, Helena —ordenó.

La rubia vaciló.

—Arrójalo inmediatamente o disparo sobre ti —amenazó Andrzej.

Helena Sobkoska no tuvo más remedio que obedecer, pues sabía que Andrzej Werner no amenazaba por amenazar.

Miklos Nemeth, de nuevo hundido hasta el cuello en las arenas movedizas, seguía chillando y pidiendo socorro con desesperación.

—¡Hay que ayudar a Miklos, Andrzej! —gritó Stig Makela, irguiéndose.

—¡Quieto! —ordenó el hermano de Anka, apuntándole con su fusil.

—¡Andrzej! —gritó Anka, corriendo hacia Stig.

—Miklos te maltrató, Anka, y morirá por ello —mascülló Andrzej.

—¡Me maltrató, pero no en la nave!

—Oí tus gritos de dolor, Anka.

—¡Eran fingidos!

—¿Fingidos...?

—¡Luego te lo explicaré, Andrzej! ¡Ahora tenemos que ayudar a...! ¡Dios mío, no! —gritó Anka, al descubrir queMiklos Nemeth había sido engullido ya por las arenas movedizas.

Se produjo un silencio, cargado de tensión.

Helena Sobkoska miró con odio a Andrzej Werner.

—Conque tu hermano era incapaz de matar a nadie, ¿eh, Anka?

Anka Werner, pálida, dirigió una mirada llena de reproche a su hermano.

—Me avergüenzo de ti, Andrzej.

—Lo siento, Anka, pero con Helena Sobkoska y sus matones no puede uno andarse con excesivos miramientos. ¿No sabes que han venido a Wobo a matarme? Por eso no respondí a sus llamadas, aunque tus gritos me desgarraban el alma, porque pensé que te estaban torturando de verdad. Si hubiera accedido a entregarles el valioso diamante, hubiese supuesto mi fin y el tuyo.

—Estaba dispuesta a perdonarte la vida, Andrzej —dijo la rubia.

Andrzej Werner soltó una carcajada.

—No me hagas reír, Helena. Te conozco mejor que nadie. ¿Por qué crees que no regresé a Saturno? Sabía que, en cuanto te entregara el diamante, te desharías de mí. Por eso me quedé en Wobo, esperándote. Aquí no te sería tan fácil acabar conmigo. Lo de secuestrar a mi hermana y traerla con vosotros fue una gran idea, lo admito. Pero no te ha dado ningún resultado.

Helena Sobkoska no replicó, porque era cierto que tenía planeado acabar con Andrzej Werner, cuando éste hubiera regresado a Saturno con el colosal diamante.

Con el fin de ganar tiempo, y ver si podía sorprenderle, dijo:

—Te propongo un trato, Andrzej.

—No quiero tratos contigo, Helena.

—El diamante nos pertenece a los dos.

—Pero tú lo quieres para ti sola.

—Ya no.

—¿De veras? —sonrió irónicamente Andrzej—. ¿Y qué te han hecho cambiar?

—Las cosas que han pasado en este planeta. Obligué a Stig Makela a traernos a Wobo, mis hombres le dieron una paliza, y él, hace unos minutos, me salvó la vida, matando a una gigantesca serpiente que había caído sobre mí. También hizo todo lo posible por salvar a Miklos, y lo hubiera logrado, de no intervenir tú. Es un tipo

excelente, y consiguió que me avergonzara de mí misma.

Andrzej miró a Stig.

Helena Sobkoska se dijo que ahora tenía la oportunidad de sorprender a Andrzej Werner, y extrajo velozmente su pistola de rayos infrarrojos.

Funestamente para ella, Andrzej la vigilaba con disimulo, y no le dio tiempo a disparar.

El rayo láser que brotó del fusil de Andrzej Werner alcanzó de lleno a la rubia, que cayó como fulminada, quedando desmadejada en el suelo, su hermoso cuerpo espantosamente abrasado.

Anka Werner lanzó un grito de horror y se abrazó a Stig Makela, que se hallaba tan estremecido como ella.

—Era una víbora —masculló Andrzej.

—Creo que su veneno te ha contagiado, Andrzej —dijo Stig, roncamente.

—Es posible —admitió el hermano de Anka.

—¿Cómo sabías que existía un diamante de ese tamaño en Wobo?

—Helena y yo conocimos casualmente a un tipo, que siempre andaba borracho, según supimos después. El nos contó que, tiempo atrás, se había visto obligado a aterrizar con su nave en Wobo, a causa de una avería. Nos habló de los muchos peligros de este planeta, en el que estuvo a punto de perecer. Nos dijo también que había visto un diamante enorme, como una piña tropical, pero que le fue imposible cogerlo, porque estaba rodeado de plantas carnívoras. Helena y yo, al principio, no creimos en su historia, pero el tipo nos fue dando detalles de su forzada estancia en Wobo, y poco apoco su historia nos fue pareciendo más verosímil, hasta el punto de que decidimos comprobar si era cierto o no. Helena financiaría el costoso viaje, y yo arriesgaría el pellejo en Wobo. Si encontraba el diamante, sería para los dos.

—Y lo encontraste…

—Sí, ahí lo tienes. Grande, hermoso, cegador… Lo puse como cebo, por si Helena y sus matones conseguían llegar hasta mi nave.

—Muy inteligente, por tu parte.

—Se trataba de Helena y sus gorilas o de mí.

—Claro.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Qué hacemos con él, Anka? —preguntó Andrzej.

La joven respingó.

—¿Con Stig...?

—Sí.

—No te entiendo, Andrzej.

—Ha sido testigo de todo lo sucedido aquí.

—¿Y quieres matarlo, para que no lo cuente a nadie?

—Siento tener que decirlo, pero creo que sería lo más sensato.

—¡No te reconozco, Andrzej! ¡El hallazgo del diamante te ha cambiado!

—Quizá.

—Si insistes en matar a Stig, tendrás que matarme a mí primero —dijo Anka, protegiéndole con su cuerpo.

—¿Tanto significa para ti?

—Mucho.

—¿Te has enamorado de él?

—Sí.

—Pues lo lamento de veras, porque...

Si Andrzej Werner dijo algo más, Stig y Anka no lo oyeron, pues el terrible estruendo que se escuchó de pronto ahogó cualquier otro sonido.

El suelo tembló, y también la nave de Andrzej, haciendo caer a éste, que fue a parar de cabeza a las arenas movedizas.

—¡Andrzej...! —chilló Anka, horrorizada.

Stig Makela quiso hacer algo por el hermano de la muchacha, pero el temblor de tierra se acentuó y tanto él como Anka Werner

perdieron el equilibrio y cayeron al suelo.

Stig abrazó a Anka, apretadamente.

—¡Oh, Dios, no! —gritó la joven, al ver desaparecer a su hermano en las arenas movedizas.

Los temblores de tierra y los ensordecedores estruendos continuaron por espacio de varios minutos.

Después, silencio y calma absolutos.

Stig Makela se incorporó y ayudó a levantarse a Anka Werner, que lloraba amargamente la muerte de su hermano.

—Andrzej, Andrzej... —repetía, abrazada a Stig.

Este la oprimió contra su pecho.

—Algún volcán cercano ha debido entrar en erupción, de ahí los estruendos y los temblores de tierra.

—Andrzej...

—Lo siento mucho, Anka.

—Él quería matarte...

—No importa, siento su muerte. Como la de Helena. Como las de Miklos, Ivo y Masao.

—Todos han muerto por culpa del maldito diamante.

—También él ha desaparecido.

—¿Qué?

—El temblor de tierra lo cambió de posición, y las arenas movedizas se lo tragaron.

—No sé qué pensarás tú, Stig, pero yo me alegro.

—Yo también. No tengo madera de millonario —repuso Stig Makela.

EPILOGO

El producto químico seguía mostrándose efectivo, y Stig Makela y Anka Werner pudieron regresar a la nave del primero sin ser atacados por las plantas carnívoras.

Instantes después, la nave despegaba y ganaba rápidamente velocidad, rumbo a Saturno.

Wobo. quedó atrás, con sus plantas carnívoras, sus arenas

movedizas, sus peligrosos volcanes...

Durante muchos minutos, Stig y Anka no hablaron.

Cuando lo consideró oportuno, Stig puso el piloto automático y dijo:

—Será mejor que nos vayamos a dormir, Anka.

—Sí —asintió ella, quedamente, la tristeza reflejada en su rostro.

Se pusieron en pie y salieron de la cabina de mandos.

—¿Deseas un camarote para ti sola? —preguntó Stig.

—Prefiero seguir compartiendo el tuyo, si no te importa —respondió Anka.

—Tú sabes que no.

Entraron en el camarote.

Anka tomó el pijama de Stig.

Este se dio la vuelta, para que la joven pudiera cambiarse.

Segundos después, Anka lo llamaba:

—Stig...

—¿Ya te has cambiado?

—Sí.

Stig se volvió, sorprendiéndose al ver que la joven sólo se

había puesto la chaqueta del pijama y exhibía sus preciosas piernas.

—¿Vuelves a prescindir del pantalón?

—Sí —respondió ella.

—Te recuerdo que...

—Tendré cuidado al trepar a la litera, no te preocupes —prometió la joven, y se dispuso a hacerlo.

—Anka...

—¿Sí?

—¿Es cierto?

—¿El qué?

—Que estás enamorada de mí.

—No.

—¿Y por qué le dijiste a Andrzej que sí?

—Para que no te matara.

—¿Seguro que sólo fue por eso?

—¿Por qué lo pones en duda?

—Anka, yo sí estoy enamorado de ti.

—No me hagas reír.

—Te juro que es verdad.

—Hacías el amor con Helena. Todos los días.

—Para evitarte problemas a ti.

—¿Qué...?

—Miklos, Ivo y Masao querían violarte, Anka. Helena me prometió que no lo permitiría, pero yo sé que hubiera faltado a su promesa si yo la hubiese rechazado. Tú tenías razón, Anka. Helena estaba celosa de ti, porque adivinaba que me gustabas. Me preguntó si hacía el amor contigo. Yo le dije que no, pero no me hubiera creído de negarme a hacerlo con ella, y tú hubieses sufrido las consecuencias.

—Te agradezco que te «sacrificaras» por mí, Stig.

—No te muestres irónica, Anka, por favor.

—Perdona.

Stig la tomó por los hombros, con delicadeza.

—Te quiero, Anka, y me gustaría casarme contigo.

—¿En serio?

—¿Tengo cara de estar bromeando?

Anka le cercó el cuello con sus brazos.

—Bésame, Stig. Lo necesito.

Stig la besó, con muchas ganas, al tiempo que la apretaba contra sí con fuerza. Cuando separaron sus bocas, preguntó:

—¿Te casarás conmigo, Anka?

Ella le sonrió emocionalmente.

—Sí, Stig.

Volvieron a besarme con pasión.

Stig deslizó su mano hacia el pecho de la muchacha y abrió la chaqueta del pijama, dejando al descubierto sus hermosos senos, que acarició hábilmente, obligando a Anka a emitir un gemido de placer.

Stig separó sus labios de los de ella y bajó la mirada, contemplando lo que sus manos acariciaban una y otra vez.

—Era lo único que te faltaba por ver, ¿no? —dijo Anka, con maliciosa sonrisa.

—Te equivocas. La primera noche, cuando te inclinaste sobre mí para besarme, como la chaqueta te queda tan holgada...

—Lo que a ti se te escape...

—Tú no, por fortuna —sonrió Stig, y volvió a pegar su boca a la de ella, ardorosamente.

Algunos minutos después, en la parte inferior de la litera, Stig Makela y Anka Werner hacían el amor.

Y como se debe hacer: con mucho amor.

F I N

[1]La atmósfera de Saturno está compuesta, principalmente, de amoniaco finamente cristalizado, metano e hidrógeno.